

# **LA MÁQUINA DEL TIEMPO**

**(de Herbert George Wells)**

**En homenaje a Herbert George Wells. su obra y su vida**



## I

### El Viajero a Través del Tiempo

EN 1895, UN JOVEN ESCRITOR debutante de veintinueve años llamado Herbert George Wells publicó en Londres su primera novela, una pretendida alegoría futurista sobre el trabajo y la división de clases en la Inglaterra de la época. En ella narraba las aventuras de un Viajero a Través del Tiempo en el año 802.701, y obtuvo de inmediato un éxito que cimentó la carrera literaria de su autor.

Pero no se trata de una novela. Los hechos que relata el libro sucedieron realmente. Lo sé, porque yo estuve también en aquella reunión.

El motivo de mi presencia en la casa del Viajero en Richmond no viene a cuento; diré solamente que por aquel entonces, a mis veintiún años recién cumplidos, yo estaba haciendo mi meritoriaje periodístico en las oficinas en Londres del *Manchester Guardian*, y que me sentí tremendamente impresionado sobre todo por el hecho de estar, junto con otras personas de importancia, en la misma habitación que nada menos que el director del *Times* y uno de sus redactores. No asistí a la primera de las dos reuniones, pero sí a la segunda, y la explicación que dio el psicólogo durante la cena, mientras esperábamos a nuestro anfitrión, acerca de la teoría de los viajes por el tiempo en beneficio de los que no habíamos asistido a la otra ocho días antes, sirvió para ponerme en antecedentes. Luego apareció el Viajero, nos relató su fantástica aventura, nos mostró su máquina, y nos ofreció la prueba irrefutable de aquellas pequeñas flores blancas que Weena le había metido en el bolsillo. El periodista que iba con el director del *Times* —en realidad estaba allí en calidad de fotógrafo— intentó tomar algunas fotos, pero el Viajero se lo impidió: Nada de fotos, dijo. El periodista pareció mortificado.

Tras la reunión, volví al cuarto que tenía alquilado en el Soho con la cabeza llena de ideas y proyectos. Aquél podía ser el reportaje de mi vida, el que me lanzara en un abrir y cerrar de ojos a la primera línea de la profesión periodística. Por supuesto, el *Times* tenía la ventaja de su mayor difusión, e

indudablemente su director habría llegado a la misma idea que yo acerca de la publicación de la historia, pero eso no quería decir que el *Guardian* no pudiera dar también la noticia. Acudí a la redacción del periódico con unas notas apresuradamente pergeñadas y el esbozo de un borrador de artículo que me apresuré a mostrar al redactor jefe de la oficina en Londres del *Guardian*. Me miró entre socarrón y escéptico y me dijo, con una voz no exenta de paternalismo:

—Muchacho, ¿todavía crees en los cuentos de hadas?

Intenté argumentar, pero mi juventud y mi falta de experiencia chocaron frontalmente contra el muro de ladrillos del perro viejo que era mi redactor jefe. De todos modos, tras darse cuenta de mi inquebrantable entusiasmo, transigió:

—Mira, muchacho, vamos a hacer una cosa. Escribe tu artículo, y lo mantendremos en reserva. Si el *Times* publica algo, lo incluiremos en la siguiente edición con un titular en primera página: «El *Manchester Guardian* corrobora lo publicado por el *Times!*», y tu nombre en letras grandes. ¿De acuerdo?

Me pasé todo el día redactando y puliendo mi artículo y devorando todas las ediciones del *Times* apenas salían a la calle. Pero en ninguna de ellas apareció la menor mención de Richmond, el Viajero a Través del Tiempo o su fantástica historia. Como tampoco apareció nada al día siguiente, ni al tercer día.

Al cuarto día el redactor jefe me llamó a su despacho. Su expresión era casi conmisericordiosa.

—Bien, muchacho, espero que esto te haya hecho aprender una nueva lección. El que una historia sea verdadera no quiere decir que sea publicable. Hay límites a la credibilidad: el lector exige algo más que la palabra del periodista para aceptar la veracidad de lo que éste le cuenta, no basta con el apoyo de unas hipotéticas florecillas blancas. Si el director del *Times* ha considerado prudente no mencionar al Viajero ni su historia, no vamos a ser nosotros quienes le contradigamos.

Sí, aprendí la lección, como aprendí en aquellos mis primeros años de profesión muchas otras lecciones prácticas que me fueron curtiendo en el periodismo. A los seis meses había olvidado prácticamente todo el asunto, sumido en otras preocupaciones de trabajo más inmediatas. Hasta que, casi dos años más tarde, descubrí con asombro, serializado en la revista *New Review* a lo largo de los últimos meses de 1894 y los primeros de 1895, un relato firmado por un tal H. G. Wells y titulado *La máquina del tiempo*, que poco después, aquel mismo año, sería editado en forma de libro. ¡En él se narraban con todo lujo de detalles las aventuras que el Viajero a Través del Tiempo nos había relatado aquella noche!



Aquello me impresionó, porque entre otras cosas nunca me había preocupado demasiado en averiguar la identidad exacta de ninguno de los asistentes a aquella reunión excepto la del director del *Times*, ni siquiera la del autor del libro, y lo único que había sabido del señor Wells (cuyo nombre ni siquiera conocía entonces) en el momento de la reunión era que se trataba de «un buen amigo del dueño de la casa».

Lo primero que hice fue efectuar algunas averiguaciones en el domicilio del Viajero a Través del Tiempo. Tomé el tren hasta Richmond, para descubrir que la casa estaba cerrada y no vivía nadie en ella. El estado del jardín indicaba que llevaba un cierto tiempo deshabitada. Mis discretas indagaciones con los vecinos me informaron de que llevaba más de dos años desocupada; su dueño había desaparecido bruscamente, me dijeron; su abogado, siguiendo órdenes escritas de éste, redactadas como si previera aquella eventualidad, había cerrado la casa y despedido a la servidumbre con una generosa indemnización, y puesto que el hombre no tenía al parecer familiares directos, la casa había quedado prácticamente abandonada a la espera de la improbable eventualidad de que volviera su dueño, alguien reclamara algún día su propiedad, o la municipalidad de Richmond se la adjudicara por impago de los impuestos.

Ante todo aquello me decidí a dar el siguiente paso: llamé por teléfono al señor Wells y, como periodista, concerté una entrevista con el pretexto de hablar de su gran éxito y de sus futuros proyectos. Me citó al día siguiente a las seis de la tarde, en su casa.

## II

### Conversación con el señor Wells

A las seis en punto estaba ante su puerta. Me recibió su reciente segunda esposa Amy, que me condujo inmediatamente a su estudio. El señor Wells estaba sentado tras su escritorio, hojeando unos papeles, quizá para su próximo libro. Se levantó cuando entré, me saludó y me estrechó la mano, al tiempo que me lanzaba una mirada inquisitiva. Sus palabras me demostraron que tenía buena memoria y era buen fisonomista.

—¿Nos conocemos? —preguntó. Habían pasado dos años desde nuestra única reunión en la casa del Viajero, pero mi fisonomía no había cambiado demasiado en aquel tiempo.

Pensé que aquello podía allanarme el camino.

—Sí —admití—. En casa del Viajero a Través del Tiempo, en Richmond. La segunda reunión. El hombre tranquilo, tímido, con barba, que no despegó los labios en toda la noche —citó textualmente las palabras de su libro.

Aguardó unos momentos, como si estuviera atando cabos. Luego asintió con la cabeza. La sonrisa que esbozaron sus labios era más bien pensativa.

—Entiendo —dijo. Regresó tras su escritorio, se sentó, e hizo un gesto con la mano indicándome que me acomodara al otro lado. Por un momento pensé que con aquello pretendía poner una barrera defensiva entre nosotros, la de la mesa, pero sus siguientes palabras desmintieron esa impresión—. Imagino para qué ha venido —dijo—. Así que usted también es periodista.

Pensé en el director del *Times* y asentí. El señor Wells adoptó una expresión ensimismada.

—Tres días después de que el Viajero nos contara su historia hablé con George —dijo; George era el nombre de pila del director del *Times*—, y le pregunté por qué no había publicado nada en su periódico de aquella reunión y de la experiencia del Viajero. Me contestó que no bastaba con que una historia fuera cierta para que fuera publicable. —Recordé las palabras de mi redactor jefe—. Aquello me hizo meditar mucho. Tras un cierto tiempo, decidí poner de todos modos sobre el papel la historia. Sólo que lo hice en forma de novela, para evitar todo tipo de susceptibilidades. Y creo —sonrió ligeramente— que acerté.

Hizo una pausa y me miró fijamente a los ojos.

—¿Piensa usted publicar un artículo afirmando que lo que cuento en mi novela ocurrió realmente?

Negué con la cabeza.

—Al día siguiente de la reunión pensé en escribir un artículo sobre la historia del Viajero, pero mi redactor jefe fue de la misma opinión que el director del *Times*. Y ahora ya es demasiado tarde para hablar de ello.

—Entonces, ¿para que ha venido? No creo que desee simplemente una entrevista al uso sobre un escritor que está de pronto en el candelero.

Negué de nuevo con la cabeza. Y entonces me di cuenta de que en realidad no sabía exactamente para qué había solicitado aquella entrevista. ¿Tal vez esperaba que el señor Wells se me confiara de algún modo, me revelara algo nuevo, quizá incluso sensacional? ¿O simplemente deseaba probarme a mí mismo que pese a todo podía seguir el hilo de una noticia hasta su final? Sí, era posible cualquiera de las dos cosas.

—¿Sabe? —dije, tras una pausa en la que la atenta mirada del señor Wells posada directamente en mis ojos empezó a ponerme nervioso—. Hice algunas indagaciones en Richmond. El Viajero desapareció realmente poco después de aquella reunión, como dice usted en el libro.

—Por supuesto. Y, después de tanto tiempo, ya no creo que vuelva nunca. Supongo que, por lo que nos relató el Viajero, habrá deducido usted que, no importan las horas, días o semanas que se demore en su viaje, uno puede volver prácticamente al instante mismo en el que partió..., bueno, unos minutos o incluso unas horas más tarde, me dijo el Viajero, para dar un margen de seguridad y no tropezarse uno consigo mismo.

Aquello despertó en mí una cierta curiosidad y alarma.

—¿Quiere decir que el Viajero podría llegar a regresar *antes* de haber partido? Se echó a reír francamente.

—Sí, el momento de la detención de la máquina lo puede marcar siempre quien la maneja, accionando las distintas palancas. Por eso, me explicó el Viajero, había anulado esa eventualidad mediante un control que no permitía que la máquina pudiera retroceder nunca hasta más allá del punto original de partida.

—Entonces —salté de inmediato—, después de nuestra reunión ¿habló usted de nuevo con el Viajero antes de su desaparición, aunque no lo mencione en el libro?

Por unos momentos adoptó la expresión de un escolar atrapado en falta. Tardó unos momentos en responder.

—Bueno, sí —confesó al fin—. Tuve una charla con él un día antes de su... desaparición.

—Pero en su libro cuenta usted que desapareció al día siguiente de habernos relatado su historia.

Guardó unos instantes de silencio. Entonces supe el auténtico motivo que en el fondo, inconscientemente, me había impulsado a visitarle. Casi sin darme cuenta dije:

—¿Sabe?, desde un principio hallé algo extraño en el relato del Viajero. Según nos contó, montó en su máquina, accionó la palanca de puesta en marcha y se lanzó a toda velocidad hacia el futuro..., ¡hasta más allá del año

800.000! ¿No tuvo en ningún momento la tentación de detenerse en un futuro más *cercano*? Yo en su lugar lo hubiera hecho.

El señor Wells esbozó un ligera sonrisa.

—Bueno, ya nos explicó su temor a detenerse en un espacio que estuviera ocupado por algún otro objeto y sus posibles consecuencias. Recuerde que la máquina se mueve por el tiempo, pero no por el espacio.

—Pese a todo, la tentación tuvo que ser muy grande, a lo largo de todos esos miles y miles de años. ¿Cómo pudo resistirla?

El señor Wells trazó un invisible dibujo con el dedo encima de la mesa, lo resiguió varias veces, como absorto en sus pensamientos. De pronto dijo:

—Sí, yo también pensé lo mismo. Creo que fue por eso precisamente por lo que fui a verle al día siguiente.

—Pero él se marchó a su nueva exploración antes de contarle nada —aventuré.

—No —dijo. Dudó unos instantes, como reacio a seguir hablando. Finalmente se decidió—. Prométame que no va a divulgar nada, a nadie, por ningún medio, de lo que lo que le voy a decir —indicó—. Si lo hace, si publica algo, lo negaré categóricamente todo, es más, le demandaré por ello. ¿Ha entendido?

Tragué saliva.

—Sí, por supuesto.

El señor Wells siguió dibujando invisibles arabescos con el dedo sobre la mesa. Tras unos instantes empezó a hablar, casi como si lo hiciera para sí mismo.

—Bien. Cuando alguien escribe en forma de novela algo que ha ocurrido realmente, a veces se ve obligado a tomarse ciertas licencias, a variar un poco las cosas respecto a cómo sucedieron, a omitir algunos detalles e incluso a incluir otros. Siempre hay una razón para ello, y no voy a discutir aquí la honradez o la moralidad del hecho. Simplemente, en el caso que nos ocupa, creí prudente hacerlo así.

»Fui efectivamente a ver al Viajero al día siguiente de nuestra segunda reunión. Las cosas sucedieron en un principio tal como las narro en el libro: lo encontré preparándose para un nuevo viaje, con una bolsa de viaje en una mano y una cámara fotográfica en la otra. Me dijo que tenía prisa por partir, me indicó unas revistas para entretenerme mientras esperaba, me invitó a almorzar, me dijo que me contaría durante el almuerzo todo lo que le ocurriera en ése su segundo viaje, y se fue por la puerta que conducía al laboratorio.

»Apenas se hubo ido pensé que faltaba aún mucho para la hora del almuerzo y que iba a tener que esperar un buen rato; recordé entonces mi cita con Richardson, mi editor (en realidad se llama Heinemann), y por un momento estuve tentado a ir tras sus pasos para advertirle, pero me lo pensé mejor.



Envié al diablo a mi editor, me acomodé en una silla y tomé un ejemplar de la *New Review*, dispuesto a dejar transcurrir el tiempo.

»No pasó demasiado antes de que volviera a abrirse la puerta del laboratorio; tal vez una hora, quizá menos. Alcé la vista, y allí estaba de nuevo el Viajero. No presentaba el lastimoso aspecto de la vez anterior, pero su rostro estaba desencajado. Aferraba con fuerza entre las manos su bolsa de viaje. No llevaba consigo la cámara fotográfica, a menos que estuviera dentro de la bolsa.

»Me puse en pie. Avanzó unos pasos, se detuvo ante el sillón contiguo al mío y se dejó caer. Me sentí en la obligación de preguntar:

»—¿Qué tal le ha ido esta vez?

»Necesitó unos instantes para enfocar sus ojos en mí.

»—Terrible —dijo—. Ha sido terrible.

»Y, tras una pausa para recuperar el aliento, me contó su nueva aventura en el tiempo.

### III

## El segundo relato del Viajero

Intentaré reproducir aquí lo que me contó el señor Wells del relato que le hizo el Viajero a Través del Tiempo de ésa su segunda expedición al futuro. Tengo muy buena memoria, por lo que no creo olvidar ningún detalle importante. El Viajero empezó planteándole al señor Wells lo que acabábamos de comentar hacía unos instantes: ¿Por qué había ido tan lejos en el tiempo la primera vez, por qué no se había limitado a un futuro más inmediato? Le habló del temor que ya había expresado la primera vez, el de la posibilidad de detener la máquina en un momento en el tiempo en el que su espacio estuviera ya ocupado por otro objeto. De ocurrir esto, explicó, las consecuencias podían ser catastróficas al juntarse repentinamente dos masas sólidas que ocupaban el mismo espacio físico. Eso era lo que le había impulsado a lanzarse hacia adelante a toda velocidad, hasta alcanzar aquella fabulosa cifra en el futuro.

Sin embargo, durante su primer viaje no había dejado de observar a su alrededor, y no tardó en comprobar que, hasta que su velocidad lo convirtió todo en una informe masa borrosa, podía detectar brumosamente las cosas que le rodeaban, y que en algunas ocasiones el espacio que ocupaba la máquina y sus alrededores parecía estar despejado, mientras que en otras la impresión era de que estaba ocupado por algún objeto, masas imprecisas pero que sin embargo no por ello dejaban de ser reales. Eso le hizo suponer que, a partir de una cierta velocidad temporal de la máquina, la interacción de ésta con los objetos que se encontraban ocupando su mismo lugar quedaba anulada por su misma velocidad temporal. Las dos masas no tenían tiempo suficiente para interaccionar: sólo si detenía la máquina o traspasaba el límite inferior de seguridad de su avance podían presentarse problemas.

Empleó los primeros momentos de éste su segundo viaje en intentar establecer ese límite. Mantuvo una velocidad lo suficientemente lenta como para poder identificar, aunque fuera de una forma borrosa, los objetos que pudiera haber en su camino, pero no tan lenta como para que se produjera una interacción física entre las masas. Estableció una velocidad que consideró hipotéticamente segura y la mantuvo, fijándose en el girar de las agujas en los cuadrantes para establecer a través de su ritmo una especie de velocímetro. No tardó en comprobar que su teoría funcionaba. Había vuelto a situar su máquina en su emplazamiento original —había sido movida por los morlocks en el año 802.701—, y en un momento determinado, no mucho después de iniciar el viaje, creyó percibir una masa que ocupaba el mismo espacio que la máquina, lo cual se tradujo en un oscurecimiento del aire con la forma de un mueble alto, un armario quizá. Pero eso no impidió el avance de la máquina ni produjo ningún efecto secundario, ni en él ni en el aparato. Lo único que tenía que

hacer, decidió, era mantener esa velocidad y esperar a que el objeto desapareciera antes de detenerse.

No tardó demasiado en ocurrir. Apenas hubo comprobado que era seguro parar, accionó la palanca del freno y la máquina se detuvo bruscamente, con un bamboleo y una sacudida. Recordando su primera experiencia, se sujetó firmemente a la máquina, y todo lo que notó fue una fuerte pero momentánea sensación desagradable en la boca del estómago. A su alrededor todo pareció oscurecerse por unos instantes, luego adquirió una apariencia y una luminosidad normales.

Era de día. Miró a su alrededor, y pudo ver a un lado el objeto que había ocupado hasta entonces el mismo espacio que la máquina. Era efectivamente un armario, que recordaba que había estado en una de las habitaciones del piso superior: se preguntó para qué habría sido traído hasta allí. El laboratorio había sido desmantelado, y una cama en un rincón, una mesa y algunas sillas y una estantería en la pared opuesta le dijeron cuál era ahora su nuevo uso: sin duda la habitación de algún sirviente de la casa. Una mirada al interior del armario le aclaró un poco más el asunto: era la habitación de una doncella.

Decidió explorar un poco. Retiró las palancas de la máquina y se las guardó en el bolsillo, y entró en la casa. Estaba preparado para un posible encuentro con alguno de sus moradores; sonrió ligeramente ante la idea de que pudiera ser él mismo. Como precaución, de todos modos, antes de abandonar la estancia tomó una hoja de papel de encima de la mesa y un lápiz y escribió con grandes letras mayúsculas: «PELIGRO, NO TOCAR», y clavó la hoja en la máquina. Luego entró en el cuerpo principal de la casa.

Evidentemente, él ya no vivía allí. Buena parte de los muebles eran distintos, la mayoría baratos y elegidos con un gusto espantoso. Un reloj de cuco le sobresaltó al entrar en el comedor. Al parecer no había nadie en la casa.

Probó la puerta de entrada: sus llaves aún la abrían. De todos modos, decidió hacer breve su inspección cuando vio una habitación evidentemente destinada a unos niños (dos) y otra con una cuna. Regresó al laboratorio y probó su llave de la puerta que conducía al jardín. También la abría. Regresó a la máquina y tomó la cámara fotográfica y la bolsa de viaje, y se preparó para salir.

Sólo entonces se le ocurrió mirar los indicadores: el año que marcaban era 1917.

Salió al exterior.

La posición del sol le dijo que era primera hora de la mañana. Había gente por la calle. Le sorprendió la abundancia de uniformes. Todo el mundo

andaba aprisa, como si desearan llegar lo antes posible a sus destinos. Se respiraba una cierta intranquilidad en el aire. Parecía como si la gente temiera algo. ¿Acaso estaban en guerra?

Llegó a un puesto de periódicos. Le bastó echar una mirada a la portada del *Times*: Sí, estaban en guerra.

Compró un ejemplar: por un momento temió que las monedas que llevaba ya no fueran de curso legal, pero el hombre de los periódicos las aceptó sin ninguna objeción. El periódico llevaba la fecha del domingo 20 de mayo de 1917. El artículo del día era la gran victoria Aliada en la batalla de Arras, en Francia. Se detuvo en una esquina, se apoyó contra la pared y leyó. El corresponsal de guerra destacado en Francia celebraba triunfante la victoria de «la batalla que hará que la guerra termine en veinticuatro horas». Al parecer, se habían empleado grandes medios en el ataque: tres fuerzas conjuntas — británica, canadiense y australiana — habían lanzado una gran ofensiva desde primeros de abril, minando el suelo tras excavar grandes túneles y aprovechar la gran red de galerías y cavernas existentes desde la Edad Media en la región, mientras los aviones de reconocimiento facilitaban la acción de la artillería pese a la presencia del Barón Rojo y su «circo volante», y las barreras rasantes utilizaban su fuego móvil para franquear la tierra de nadie pese al contrafuego de la artillería alemana, ayudadas en su trecho final por morteros de gas venenoso para redondear el ataque. Un vanidoso mariscal de campo, Sir Douglas Haig, había dado oficialmente por terminada y ganada la ofensiva el día 19, y mostraba su orgullo por la victoria conseguida. Una cara victoria, terminaba el corresponsal su artículo pese al entusiasmo general que se respiraba: las bajas aliadas se cifraban ya en unos 150.000 hombres, mientras que las alemanas aún se desconocían. «Esperemos que esta victoria haga que la guerra termine realmente en veinticuatro horas», terminaba esperanzadamente la crónica.

Hojeó el periódico. Prácticamente todo él estaba lleno de noticias de la guerra. La guerra de trincheras se había extendido por todos los frentes, provocando un estancamiento en algunos de ellos; los Estados Unidos habían entrado finalmente en la guerra el 6 de abril de aquel mismo año, a causa de los ataques de lo que dedujo por una foto que eran submarinos alemanes — aunque el periódico los llamaba U-boats —, contra sus cargueros; la iperita parecía ser el gas venenoso más ampliamente utilizado por ambos bandos, y las máscaras antigás se habían convertido en un accesorio indispensable en el equipo de todo soldado; los tanques, junto con la aviación y los submarinos, eran la gran nueva arma de la guerra, y contempló entre la admiración y el asombro la foto en la portada de un imponente monstruo acorazado, «nuestro Mark IV», rezaba el pie de la foto, trepando por un terraplén en un ángulo imposible. A un lado, la foto de una escuadrilla de asombrosos aparatos aéreos



a los que llamaba biplanos, enzarzados en una lucha aérea y al parecer cercando a un triplano —«de color rojo, presumiblemente el Fokker de Manfred von Richthofen, el legendario Barón Rojo», indicaba el pie de la foto—, acompañaba a un artículo en el que se glosaba «la heroicidad y la caballeridad» de la lucha aérea, como si hubiera algo de heroico o caballeroso en matarse los unos a los otros.

Pero todo aquello, todas aquellas noticias fragmentarias y deslavazadas, no servían para que uno pudiera hacerse una idea de lo que ocurría realmente. De acuerdo, se trataba de una guerra global, *mundial*, que implicaba no sólo a toda Europa, sino también, por lo que se desprendía de las noticias del periódico, a otras naciones de ultramar, como los Estados Unidos, Canadá e incluso Australia y Nueva Zelanda. Pero eso no permitía hacerse una idea de la guerra en sí: ¿cuándo, cómo y por qué se había desatado? El periódico hablaba sólo de lo inmediato, dando por sentado que el lector conocía ya los antecedentes. Necesitaba hacerse una idea más global. Debía acudir a una biblioteca.

Naturalmente, su primer pensamiento fue la biblioteca del Museo Británico. Cerró y dobló el periódico y lo metió en la bolsa de viaje. Luego se lo pensó mejor: antes tomó su Kodak, comprobó que el carrete de papel de cien fotos estaba cargado (había tomado otros tres de reserva, por si acaso), y se preparó. Resultaba difícil manejarse sin trípode, sólo con las manos, pero consiguió sujetar el periódico de modo que se viera la fecha en el ángulo inferior del objetivo y obtener al mismo tiempo un plano no demasiado desenfocado de la calle con la gente yendo y viniendo. Tomó luego cinco fotos desde cinco ángulos distintos, media docena de algunos escaparates, un par más de coches circulando y algunas de gente que pasaba luciendo sus ropas del año 1917, y se sintió satisfecho. Guardó la cámara y el periódico en la bolsa de viaje y buscó un taxi.

Le costó encontrarlo. Cuando finalmente se subió a él, dio la dirección del Museo Británico.

El taxista le miró con aire sorprendido.

—Supongo que no pretenderá visitarlo —quiso saber.

—El museo no —respondió el Viajero—. Me interesa la biblioteca.

El taxista sacudió la cabeza.

—Me temo que hará el viaje en balde —dijo—. Las dos cosas están cerradas. —Vio la expresión de sorpresa de su pasajero y se encogió de hombros—. Estamos en guerra, ¿sabe?

El Viajero se mordió el labio. Finalmente dijo:

—Pero necesito ir a una biblioteca. Debo consultar algunas cosas. Es urgente.

El taxista pareció apiadarse de él.

—Bueno, sé de una biblioteca universitaria que está abierta. Si quiere, puedo llevarle hasta allí.

Media hora más tarde le dejaba en su destino. Tras darle una generosa propina, entró en el edificio. La biblioteca no era muy grande y se hallaba prácticamente desierta, pero estaba bien surtida y tenía una amplia hemeroteca. El Viajero se aposentó en ella.

Durante las siguientes horas se sumió en otro mundo. Constató lo difícil que puede llegar a ser intentar formarse una idea concreta sobre algo y desentrañar un todo coherente a partir de una serie de informaciones fragmentarias, deslavazadas y en muchas ocasiones incluso contradictorias. Lo primero que le llamó la atención fue la machacona calificación dada en algunos lugares a la guerra como «la guerra que acabará con todas las guerras». Un oscuro artículo en una no menos oscura revista, en un número de hacía sólo dos meses, analizaba en pocas palabras esta calificación: «La razón es muy simple: esta guerra está costando tanto en recursos y en vidas humanas que después de ella ya no será posible que se desate ninguna otra guerra», decía. Otro artículo no menos oscuro se burlaba en otra revista de esta afirmación: «El hombre es el único animal incapaz de vivir sin una buena guerra entre las manos», afirmaba cínicamente.

Poco a poco fue desentrañando las raíces y los entresijos del conflicto. Oficialmente la guerra se había desatado en 1914 a causa del asesinato del archiduque Francisco Fernando, heredero del trono austrohúngaro, muerto a tiros el 28 de junio junto con su esposa en la ciudad de Sarajevo por el estudiante Gavrilo Princip, un suceso que no parecía ser en principio motivo suficiente como para desencadenar una guerra de tal magnitud. Algunos textos (no había tardado mucho en dejar a un lado los periódicos para dedicarse a las revistas, más proclives a los artículos de fondo y opinión) intentaban analizar las auténticas causas del estallido de la guerra, y parecía haber un consenso bastante generalizado que señalaba el *casus belli* del asesinato como un mero pretexto para dar salida y desahogo al profundo militarismo, nacionalismo e imperialismo de las grandes potencias centroeuropeas, una consecuencia directa de la desenfrenada carrera de armamentos, y sobre todo el resultado de la profunda rivalidad naval entre Gran Bretaña y Alemania. Fuera como fuese, en el término de un mes del asesinato Austria había declarado la guerra a Serbia, Rusia se había movilizizado contra el Imperio Austrohúngaro, y a partir de ahí el conflicto se había ido extendiendo y generalizando. Ahora, tres años más tarde, seguía al parecer sin haber indicios de un pronto final a la guerra, pese a las optimistas palabras del corresponsal del *Times* de que la batalla de Arras iba a ser «la batalla que hará que la guerra termine en veinticuatro horas». Revisó algunos periódicos, un gran número de revistas, tomó abundantes notas, y a lo largo de todo este proceso olvidó por completo el



paso del tiempo hasta que en un momento determinado alzó la vista y vio que fuera ya se había hecho de noche.

Le invadió de pronto el pánico. Aunque tenía las palancas en el bolsillo, y sin ellas la máquina del tiempo no era más que una masa muerta, había dejado ésta en el interior de lo que había sido en su tiempo el laboratorio en su antigua casa, que por todo lo que había podido comprobar ya no era suya y estaba ocupada. ¿Y si había sido descubierta? La casa no parecía deshabitada, y su antiguo laboratorio era ahora la habitación de una doncella. Recogió apresuradamente sus notas, las guardó en su bolsa de viaje y salió precipitadamente de la biblioteca.

Esta vez no le costó encontrar un taxi, y dio la dirección de su casa en Richmond. El trayecto fue una tortura. Y cuando el vehículo enfiló su calle, el corazón se le cayó a los pies.

Frente a la puerta delantera de la casa había congregada una numerosa multitud, y más de media docena de agentes de policía le decían a gritos lo que había ocurrido.

Pagó la carrera y se deslizó por entre la gente, procurando pasar lo más desapercibido posible, pese a lo llamativa que podía llegar a ser su ropa de hacía casi veinticinco años. Escuchó atentamente lo que se decía a su alrededor. Había versiones para todos los gustos, pero todas ellas coincidían en una cosa: en la habitación de la doncella de aquella casa había aparecido de la nada un extraño artefacto, cuyas dimensiones hacían imposible que hubiera sido introducido en ella por ninguna de sus puertas. Nadie se explicaba el misterio.

Él sí podía explicarlo, aunque por supuesto no tenía la menor intención de hacerlo. Junto a la puerta de entrada, un hombre y una mujer de mediana edad hablaban con los policías. Evidentemente eran los dueños o los inquilinos actuales de la casa. El hombre estaba explicando cómo, al regresar su esposa con los niños, se había encontrado con aquella insólita sorpresa. No, su esposa no había estado en casa durante todo el día: había comido con unas amigas, luego había ido a casa de su madre a buscar al bebé, que había dejado al cuidado de la abuela por la mañana, antes de ir a recoger a los niños al colegio. No, hoy era el día libre de la doncella. Sí, la casa había permanecido cerrada y vacía hasta hacía un rato. Por supuesto, ignoraba por completo qué podía ser aquel extraño artefacto.

Abandonó la parte delantera de la casa y se dirigió a la puerta del jardín, que daba a una calle lateral. Allí no había gente. Atisbó por entre la verja: la luz de encima de la puerta que daba acceso a su antiguo laboratorio estaba encendida, pero no parecía haber nadie dentro. Por unos momentos pensó en deslizarse al interior tras abrir con su llave, subir a la máquina, colocar apresuradamente las palancas y partir a escape. Pero era muy arriesgado. Aunque no pudiera verlo desde allí, sin duda debía de haber alguien dentro,

como mínimo un policía. Si era detenido tendría que dar muchas explicaciones, que se sentía absolutamente incapaz de ofrecer. Lo más probable era que le retuvieran. Incautarían de alguna forma la máquina, le confiscarían las palancas, y se vería atrapado en aquel tiempo, en medio de una espantosa guerra, sin posibilidad alguna de escapar de él.

Era mejor esperar. La policía terminaría marchándose. No podían llevarse la máquina a ninguna parte, no podían sacarla de aquel lugar: la había construido pieza a pieza allí dentro cuando aún era su laboratorio. Lo único que tenía que hacer era aguardar a que se calmaran las cosas, la gente y la policía se fueran, y los de la casa se retiraran a dormir. Había el peligro de que la policía dejara algún hombre apostado junto a la máquina, pero era poco probable; en todo caso lo dejarían fuera, junto a la puerta de entrada, y él poseía la llave de la puerta del jardín.

Volvió a la parte delantera de la casa y se mezcló con la gente, procurando pasar desapercibido, escuchando todos los rumores pero sin decir nada. Llegó un coche, y de él bajaron dos hombres de paisano: sin duda agentes de Scotland Yard. Entraron en la casa.

No podía permanecer mucho tiempo allí sin llamar la atención. Se alejó, dio una vuelta a la manzana, volvió de nuevo. En el camino casi tropezó con la señora Richardson, su vecina. Por un momento temió que le reconociera y se alejó apresuradamente. Por fortuna la señora Richardson estaba demasiado absorta contándole a alguien lo que ocurría en la casa de al lado como para fijarse demasiado en la gente de su alrededor.

Durante un rato vagó sin rumbo fijo por allí, sin saber qué hacer. Pero no podía quedarse merodeando mucho tiempo alrededor de su casa, con el riesgo de ser reconocido por alguien o de levantar sospechas. Se alejó unas manzanas. Hubo un momento en el que se sintió perdido: había sutiles diferencias a su alrededor, cosa lógica tras los años transcurridos. Pero no tardó en orientarse de nuevo por los nombres de las calles. Dejó transcurrir el tiempo, pensando que no dejaba de ser llamativo un hombre vagando solo por la calle a aquellas horas. Cuando su reloj marcaba ya casi las dos de la madrugada regresó a su antigua casa. Ya no había gente, pero sí dos policías de uniforme montando guardia frente a la puerta de entrada. Pasó de largo, fingiendo indiferencia, y giró la esquina de la puerta del jardín. No había nadie montando guardia en la calle. Se arriesgó y se asomó a la verja; si era descubierto, siempre podía alegar simple curiosidad. No había nadie tampoco en la puerta de su antiguo laboratorio que daba al jardín, pero la luz interior estaba encendida, y creyó ver una sombra moviéndose dentro.

El camino le estaba vedado por ambos lados. Se alejó antes de que alguien reparara en él. No podía hacer nada hasta el día siguiente, se dijo, si es que entonces podía hacer algo. De pronto se sintió terriblemente cansado. El



nerviosismo de todo lo ocurrido se había cobrado su cuota. Necesitaba descansar. No podía permanecer todo el resto de la noche en la calle.

En su tiempo había un pequeño hotel a pocas manzanas de su antigua casa. Se dirigió hacia él: sí, todavía estaba allí. Pagó por anticipado por una habitación y un día, y le dijo al vigilante de noche que no le despertara nadie por la mañana. Se tendió vestido en la cama e intentó dormir un poco.

No pudo. Su mente no dejaba de dar vueltas a su situación. Estaba anclado en el tiempo, y las posibilidades de recuperar su máquina parecían cada vez más remotas. Revisó mil y un planes posibles, a cual más descabellado, desde fingir ser un especialista que conocía el aparato y pretender examinarlo para tener la oportunidad de colocar las palancas en sus respectivos lugares y accionarlas, hasta entrar esgrimiendo una pistola y huir con la máquina antes de que pudieran detenerle. Pero todos eran demasiado arriesgados, demasiado peligrosos o simplemente impracticables. Notó que se iba sumiendo en una creciente depresión.

Amanecía ya al otro lado de la ventana cuando finalmente se quedó dormido. No supo cuánto tiempo transcurrió antes de ser despertado bruscamente por una sirena, pero el sol ya estaba alto en el cielo. Durante unos instantes permaneció en ese limbo en el que despertamos a veces y donde no sabemos ni dónde estamos ni quiénes somos. Luego todo volvió a ocupar su lugar a su alrededor. Se levantó y fue a la ventana. Miró fuera. La gente corría por la calle, todos en una misma dirección. Algo grave ocurría.

Salió de la habitación y bajó a la planta baja, con la bolsa de viaje en la mano. En aquellos momentos otras dos personas salían precipitadamente por la puerta que daba a la calle. El recepcionista (era otro distinto al de la noche) estaba recogiendo unos papeles, como preparándose para irse también.

—¿Qué ocurre? —preguntó el Viajero, mirando desconcertado a su alrededor.

El otro le observó unos instantes sin comprender. Siguió recogiendo papeles.

—¡Alarma de bombardeo! —dijo al fin con voz seca—. ¡Todos a los refugios, vamos! —como si estuviera dando una orden general. Terminó de recoger sus papeles y salió precipitadamente.

El Viajero salió también. Por unos momentos la luz del sol le hirió en los ojos. Parpadeó. La sirena sonaba fuerte, lejana, y pronto se dio cuenta de que no era una sino varias sirenas las que sonaban desde direcciones distintas. Y a los pocos momentos le llegó otro sonido. Alzó la vista y los vio. Una escuadrilla de aviones como los que había visto el día anterior en el periódico iban en dirección a Londres, surcando el cielo y dejando caer objetos sobre los tejados de la ciudad. Los símbolos pintados en sus alas eran inconfundibles. A su alrededor estallaban pequeñas nubecillas en el aire: fuego antiaéreo.

Estaban bombardeando Londres.

Había leído lo suficiente ayer en los periódicos acerca de los bombardeos de los aviones alemanes sobre Londres. La ciudad avisaba de la inminencia de un ataque con sus sirenas, y la gente corría a los refugios habilitados para tal fin para protegerse.

Su primer pensamiento fue que debía ir a uno de esos refugios. La gente que corría por la calle debía de saber dónde estaban. Pero luego se inmovilizó. Toda la gente huía a los refugios, fueran lo que fuesen y estuvieran donde estuviesen, y las calles quedaban desiertas. Y las casas también.

Aquella era su oportunidad.

Retrocedió en dirección a su antigua casa, en contra de la decreciente marea. Cuando llegó junto a la puerta de entrada principal el corazón le latía alocado. No había ningún policía ante ella. No dudó. Extrajo la llave y la metió en la cerradura. Su nerviosismo era tal que hasta el tercer intento no consiguió encajarla. Entró precipitadamente y cerró la puerta a sus espaldas. Dentro todas las luces estaban apagadas.

Recorrió el muy conocido entorno familiar hasta su antiguo laboratorio. No había nadie en él. Y allí estaba la máquina del tiempo, aguardándole. Una parte remota de su cerebro observó que había sido desplazada del lugar donde la había dejado, ahora estaba situada en el centro de la estancia; sin duda la habían arrastrado hasta allí por algún motivo desconocido. Pero fue un pensamiento fugaz: aquél no era momento para la reflexión, sino para la acción. Todavía no se había sentado en la máquina cuando ya había depositado a un lado su bolsa de viaje y tenía las palancas en la mano. Las encajó en su lugar con un movimiento tembloroso, y casi al mismo instante empujó al límite hacia adelante la de puesta en marcha.

## IV

### Sigue la guerra

Fue una sacudida brutal, que le hizo recobrar bruscamente los sentidos. Tras un primer momento de vértigo y desconcierto se sobrepuso a los desbocados latidos de su corazón y ajustó la palanca a la velocidad mínima segura que había establecido en el primer tramo de su viaje. La bruma a su alrededor se asentó en un fantasmagórico paisaje del interior de la habitación que en su tiempo había sido su laboratorio.

No tardó mucho en darse cuenta de un problema: pronto observó que una masa ocupaba de nuevo el mismo lugar que la máquina. Era un objeto bajo, probablemente una mesa; podía tratarse también de una cómoda, pero nadie sitúa una cómoda en el centro de una habitación. Por unos instantes pensó que alguien debía de haberla colocado allí tras la desaparición de la máquina para presentar un obstáculo por si volvía.

Transcurrió un cierto tiempo antes de que el objeto desapareciera al fin de aquel lugar. La velocidad un tanto sedada de la máquina hacía que la sucesión de días y noches se manifestara como una eterna semipenumbra, en la que podían apreciarse confusamente los contornos de lo que le rodeaba. La vibración de esa misma velocidad hacía sin embargo que las agujas de los indicadores aparecieran borrosas, sin que pudiera leer claramente ni siquiera la correspondiente al contador de los años. Por unos momentos pensó en parar, pero algo se lo impidió en el momento en que su mano se adelantaba hacia la palanca que detendría la máquina. Sin saber exactamente por qué, retiró unos dedos hormigueantes. Aunque al parecer ya no había ningún obstáculo que le impidiera parar la máquina, no lo hizo. Se quedó sentado allí, mirando al frente, como si esperara algo, no sabía el qué.

Lo supo intuitivamente cuando de pronto su antiguo laboratorio desapareció de su alrededor. Entonces recordó su primer viaje, cómo de pronto las paredes habían desaparecido y había tenido la sensación de hallarse al aire libre, como si el laboratorio hubiera sido destruido.

Su mano fue instintivamente a la palanca que detendría su viaje, y ahora sí tiró de ella. La máquina del tiempo sufrió una brusca sacudida, y todo adquirió de nuevo consistencia a su alrededor.

Tras el primer instante de confusión, miró en torno. Sí, su antiguo laboratorio había sido destruido. La pared que daba al jardín, con su puerta, estaba intacta, pero buena parte de la pared lateral que daba a la calle y junto a la que había estado en principio la máquina se había desmoronado, parcialmente hacia la calle y parcialmente hacia el interior. Lo primero que se le ocurrió fue que, si en 1917 no hubieran movido la máquina, la acumulación de cascotes junto a la pared le hubiera impedido detenerse ahora.

Miró los indicadores. El contador marcaba el año 1944.

Bajó de la máquina, y lo primero que hizo fue retirar las palancas y guardárselas en el bolsillo. Luego miró a su alrededor.

Le invadió el más profundo desánimo. No sólo su antiguo laboratorio, sino también la propia casa había resultado semidestruida, podía verlo a través del inexistente techo del anexo. La comunicación del laboratorio —seguía siendo una habitación, con lo que quedaba de una cama, un armario, una mesa, sillas...— con la casa estaba medio cegada por los cascotes. De hecho, el suelo de su antiguo laboratorio había quedado cubierto también de cascotes al derrumbarse el techo: alguien había despejado un camino desde la puerta del jardín hasta la puerta que daba acceso a la casa, quizá para intentar abrirse paso hasta su interior. Eso había sido una suerte, ya que de otro modo la máquina habría quedado medio atrapada por los cascotes.

El derrumbe de parte de la pared lateral de su laboratorio permitía un acceso fácil a la calle. Fue a la máquina y tomó su bolsa de viaje. Se encaminó hacia el exterior. Junto a lo que quedaba de pared se volvió y miró la máquina. Aunque oculta en parte por lo que quedaba de la pared, parecía terriblemente expuesta y vulnerable. Pero no podía hacer nada para remediarlo: una persona sola era incapaz de mover su masa.

Fue hasta el centro de la calle y volvió la vista hacia el edificio. Su aspecto era deprimente. Buena parte del segundo piso se había derrumbado, y sólo la pared trasera se mantenía inestablemente en pie. El interior de las habitaciones quedaba obscenamente expuesto a la vista de todo el mundo; vio una cuna en precario equilibrio en el borde de una habitación semidesmoronada y se estremeció. Pero, pensó, el bebé de 1917 tenía que ser ahora ya una persona adulta. ¿Acaso habían cambiado sus propietarios o inquilinos? ¿O alguno de los hijos mayores se había casado y había tenido a su vez un hijo?

Desechó aquellos estúpidos pensamientos. Indudablemente aquella destrucción había sido efecto de una bomba. Pero no parecía un impacto directo. Miró más allá: la casa contigua, la de la señora Richardson, parecía haber sufrido muchos más daños, como si hubiera recibido de lleno el impacto. Aunque tampoco. Al parecer la bomba había caído al otro lado de la calle, lo cual explicaba el que la casa no se hubiera desmoronado sobre el laboratorio, ya que la onda expansiva había empujado hacia atrás, no hacia aquel lado.

Pero indudablemente había sido una bomba. ¿Todavía estaban en guerra?

Alguien había retirado parte de los cascotes del centro de la calle, abriendo un camino para que pudieran pasar los vehículos. Echó a andar por él, sin saber exactamente qué hacer ni hacia dónde ir. A unos pocos metros se encontró con un hombre que caminaba en dirección contraria. Lo detuvo.



—¿Qué ha ocurrido? —preguntó, mirando a su alrededor.

El hombre pareció desconcertado. Era un hombrecillo bajo, enclenque, con cara de hurón. Parecía eternamente asustado. No respondió.

El Viajero pensó que era una estupidez preguntar qué había ocurrido, cuando a todas luces se trataba de una bomba. Replanteó su pregunta.

—¿Cuándo ocurrió?

El hombrecillo se pasó la lengua por los labios. Ahora sí respondió.

—Hace tres semanas. La pobre señora Richardson murió: era ya muy vieja y no le dio tiempo de salir de su casa cuando sonó la alarma. Y otras cinco personas también murieron. Yo afortunadamente me salvé. En aquellos momentos no estaba en mi carnicería. —Señaló la acera de enfrente. El Viajero no recordaba que en su tiempo hubiese allí ninguna carnicería.

El hombrecillo no dejaba de mirar la bolsa de viaje que llevaba el Viajero en la mano. Volvió a pasarse la lengua por los labios.

—¿Qué lleva usted ahí? —preguntó.

La primera reacción del Viajero fue decirle que no le importaba. El hombrecillo pareció comprender su reticencia.

—Oh, no me interprete mal —se apresuró a decir—. Sólo quería advertirle. No es bueno ir por la calle con una bolsa, un maletín o algo parecido en la mano. Hay mucha gente que lleva siempre consigo sus cosas de valor, sus joyas y su dinero, por si acaso su casa resulta bombardeada. Y lo único que consiguen es ser asaltados en plena calle y despojados de todo. Yo no llevo nunca nada encima. Mire —abrió los brazos—: Nada.

—Gracias por el consejo. Lo tendré en cuenta.

El hombrecillo se apresuró a seguir su camino. El Viajero se quedó unos instantes parado allí, sin saber qué hacer. Le daba vueltas la cabeza. ¿Treinta años de guerra? ¿Una guerra *mundial*, un holocausto que en 1917 había trastocado ya todo el planeta? ¿Treinta años de bombardeos sobre Londres? ¿Quedaba todavía algo en pie en la otrora gran ciudad?

Echó a andar. Desembocó en la calle principal de Richmond. La destrucción allí no era tan grande como había supuesto y temido. De hecho, todas las casas parecían intactas. Se le ocurrió pensar que Richmond estaba *muy* en la periferia de Londres. El centro de la ciudad debía de ser otra cosa.

Había poca gente por las calles, y la poca que había andaba apresurada, inquieta. Se notaba tensión en el aire. Pasaban pocos vehículos, y la mayoría de los que circulaban eran militares; debía de haber escasez de gasolina. Las tiendas tenían un aire apagado, como si el vender no fuera ya lo más importante. Algunas estaban cerradas. Se vive un ambiente de guerra, pensó. Una guerra interminable, que socava todas las conciencias.

A un lado había una librería que vendía periódicos. Junto al escaparate había un montón de periódicos con un pequeño bloque de mármol encima,

sujetándolos. Tomó uno. No esperó a que el encargado saliera a cobrar; depositó unas monedas sobre el montón y se alejó, antes de que el hombre tuviera la oportunidad de decirle que su dinero ya no valía. Tras todo aquel tiempo, ¿no se habría instaurado una moneda de guerra?

La fecha del periódico era domingo 26 de noviembre de 1944. La primera página hablaba con grandes titulares de que el día anterior una V 2 había alcanzado de lleno los almacenes Woolworths de New Cross poco después de las doce del mediodía, cuando el lugar estaba lleno de clientes. El cohete, que había atravesado limpiamente el techo antes de estallar en su interior, había reventado prácticamente el edificio y causado serios daños en el edificio adyacente, ocupado por una Co-op, también llena de compradores. Se desconocía todavía el número de víctimas, pero podían calcularse en varios centenares, y los heridos, muchos de ellos graves, superaban los cien. Lo que había sido Woolworths no era ahora más que un agujero en el suelo —la foto que acompañaba la noticia, a media página, era estremecedoramente gráfica—, y los escombros se dispersaban desde el edificio del Ayuntamiento hasta la estación de New Cross Gate. Los trabajos de desescombro y rescate de los cadáveres iban a durar varios días, y muchos de ellos, prácticamente hechos pedazos, no podrían llegar a ser identificados nunca.

Desconocía qué era una V 2. La noticia hablaba de un cohete, no de una bomba. ¿Hasta qué punto había progresado la carrera de armamentos en todos aquellos años? Un estremecimiento recorrió su espina dorsal.

Al otro lado de la calle había un pub. Estaba abierto, era ya pasado mediodía, y tras todo lo vivido en las últimas horas necesitaba tomar algo. Y comer algo también, pensó: desde que partiera de su laboratorio en 1893 para iniciar su segundo viaje temporal no había probado bocado. ¡Un ayuno de más de cincuenta años!, dijo sarcásticamente algo en su interior.

La suave penumbra del interior del pub fue un bienvenido relajante. Los cristales tintados de las ventanas conferían al local una agradable tonalidad rojiza. Fue a una mesa junto a una de las ventanas, dejó su bolsa de viaje y el periódico sobre ella y se acercó a la barra. El camarero vino hacia él.

—Un sandwich de carne y una ale —pidió, y depositó sobre el mostrador un billete de una libra. Por un momento temió de nuevo que el camarero lo rechazara diciéndole que no era de curso legal, pero lo aceptó sin más que una breve mirada, y a los pocos momentos le traía el sandwich, la cerveza y el cambio. Regresó a la mesa.

Depositó la bolsa de viaje sobre la silla contigua a la suya junto con el periódico, se sentó y comió con fruición. No tocó la cerveza hasta que hubo terminado con el sandwich; entonces bebió un largo trago y se relajó.

Dejó el vacío plato del sandwich a un lado y tomó el periódico. Releyó de nuevo atentamente la noticia de Woolworths, buscando extraer todos los

detalles, luego hojeó el interior. Se enfrascó en ello.

Las noticias de la guerra no eran alentadoras. El conflicto se había extendido *realmente* a todo el mundo, y se luchaba con intensidad en el Pacífico. Al parecer Japón era un nuevo y feroz enemigo. El presidente norteamericano, un tal Roosevelt, que había sido reelegido el día 7 para su cargo, prometía una «lucha sin cuartel» en pos de una rápida victoria. El ejército francés, en una enérgica ofensiva, había liberado sucesivamente Belfort, Metz y Estrasburgo. Un artículo de fondo escrito evidentemente para levantar los ánimos, lleno de optimismo y esperanza, recordaba la gran victoria norteamericana que se había producido a finales de octubre de aquel mismo año, hacía tan sólo un mes, en la isla filipina de Leyte, donde, tras una intensa batalla aeronaval, la VII flota de los Estados Unidos había infligido una derrota tan terrible al enemigo que había diezmado la hasta entonces orgullosa flota japonesa, lo cual había permitido la reconquista de la isla. Sin embargo, terminaba el artículo en una única nota pesimista, la batalla de Leyte había sido testigo por primera vez de una nueva locura de la guerra: el empleo de pilotos suicidas por parte del ejército japonés, los kamikazes, aviadores fanáticos que no dudaban en autoinmolarse junto con sus aparatos con tal de destruir al enemigo. Otro artículo de oscuro significado, casi al final del periódico, hablaba de la encarnizada carrera que mantenían los Estados Unidos, Alemania y Rusia en sus investigaciones acerca de algo llamado la fisión del átomo.

—Es terrible, ¿verdad? —dijo una voz ante él.

Alzó la vista. De pie al otro lado de la mesa había un hombre de edad indefinida y aspecto de funcionario, con un perfilado bigote y largas patillas. Del bolsillo de su chaleco colgaba una gruesa cadena de oro, al extremo de la cual había sin duda un abultado reloj, seguramente también de oro. Sus ojos quedaban medio ocultos tras unas gafas de gruesos cristales. Llevaba una jarra de cerveza en la mano.

—Sí, terrible —murmuró el Viajero, casi para sí mismo—. Realmente terrible.

Un pub es un ambiente propicio para las conversaciones y las confidencias. El hombre se sentó al otro lado de la mesa sin pedir permiso y dejó su cerveza sobre ésta. Agitó la cabeza.

—Son armas del diablo —dijo, contemplando la portada del periódico, que el Viajero había vuelto a cerrar—. Las V 1 al menos las oíamos venir, pero las V 2 llegan en silencio. Lo único que ves es el rastro de su trayectoria muy alto en el cielo, pero entonces ya es demasiado tarde. En seguida ves la explosión, y al cabo de unos momentos, ¡*ka-bum!*, llega el trueno.

El Viajero clavó la vista en la foto que ocupaba casi la mitad de la primera página del periódico.

—¿Qué son las V 2? —preguntó.

El hombre le miró sorprendido. El Viajero se sintió en la necesidad de aclarar:

—He estado recluido en el campo, aislado, a causa de una enfermedad. Acabo de regresar a Londres.

Aquella explicación pareció satisfacer al otro. A todos nos gusta ilustrar al que no sabe. Empezó a hablar. Las V 2, dijo, eran el azote de Londres desde el 8 de setiembre, cuando cayó la primera. Al contrario de sus predecesoras, las V 1, que podían ser detectadas y contra las que se podían organizar medidas defensivas como las barreras de globos cautivos, las V 2 eran totalmente indetectables por el radar (el Viajero se abstuvo de preguntar qué era el radar) debido a que volaban a gran altitud, y eran absolutamente silenciosas porque viajaban a una velocidad superior a la del sonido, por lo que sólo eran detectadas cuando impactaban contra su objetivo con un tremendo trueno que revelaba su naturaleza. Ni las baterías antiaéreas ni los lentos cazas de la RAF podían nada contra ellas: eran indestructibles.

—Nos están masacrando —murmuró el hombre con aire lúgubre.

El Viajero contempló sin ver la primera página del periódico. Había allí demasiadas cosas nuevas y otras que ignoraba. Lo que le había contado el hombre de las V 2 y su mención de pasada de sus hermanas antecesoras las V 1; su ignorancia de lo que era la RAF, aunque suponía que tenía algo que ver con la aviación; o el radar, que debía de ser algún medio de detección; las fotos de los aviones que había visto al hojear el periódico, tan aerodinámicamente distintos de los biplanos de 1917. En casi treinta años de guerra el armamento mundial podía haber alcanzado cotas de desarrollo inimaginables. Recordó el artículo que mencionaba que tanto los Estados Unidos como Alemania y Rusia estaban investigando intensamente algo llamado la fisión del átomo. Se preguntó qué sería.

Se levantó.

—Lo siento, pero tengo que irme —murmuró—. Gracias por su información.

El hombre pareció decepcionado, pero no dijo nada: se quedó allí sentado, como meditando sobre lo terrible que era la vida. El Viajero se apresuró a salir a la calle.

Allí dudó unos instantes. Sin saber por qué, echó a andar calle abajo. A los pocos metros se dio cuenta sin embargo de que su elección no había sido tan inconsciente como eso: allá delante, a unos cien metros de distancia, había visto una pequeña aglomeración de gente en la acera, rodeando algo. Se acercó.

Habían instalado una especie de mesa sobre caballetes, cubierta con la bandera británica. Sobre ella había colocados toda una serie de opúsculos, panfletos, libros, todos ellos con llamativas portadas e inequívocos títulos.





Uno le llamó de inmediato la atención: «¿Hasta cuándo?», rezaba, sobre un fondo amenazador de soldados, cañones y aviones en una perspectiva imposible. No necesitó mucho para comprender que todo era material pacifista.

Ante la mesa, un hombre le hablaba vehementemente a una concurrencia de una veintena de personas. Iba vestido de paisano y tenía el rostro encendido mientras desgranaba su discurso contra los horrores de la guerra. A un lado de la mesa, sentado en una silla de ruedas, había un hombre joven con uniforme militar y galones de sargento. Le faltaban ambas piernas.

—...y éste es el resultado de esa estúpida contienda, fruto del orgullo militar y de los intereses económicos de los grandes lobbys de los fabricantes de armas —estaba diciendo el hombre vestido de paisano. Señaló al soldado en la silla de ruedas—. Él, y miles como él. ¿He dicho miles? No. Decenas de miles. *Cientos* de miles. Éstos que ven aquí —señaló un panel vertical que estaba clavado a la parte posterior de la mesa— son sólo el resultado de una parte de la campaña del Pacífico...

El Viajero dejó de escuchar y miró el panel. Se sintió fascinado por él. Dispuesto como un expositor, estaba formado por un panel vertical de madera repleto de fotografías, montadas las unas al lado de las otras sin apenas espacios intermedios, algunas incluso superponiéndose. Todas eran escenas tomadas en hospitales, todas mostraban hombres con uniforme militar, todos ellos con alguna mutilación, algún vendaje que indicaba una herida grave. Algunos tenían los ojos cerrados, otros miraban fijamente a la cámara. Los había tendidos en sus camas, sentados en sillas de ruedas, de pie sosteniéndose sobre muletas. Los rostros eran demacrados, las miradas intensas. Eran estremecedores en su repetición.

El Viajero se acercó al soldado en la silla de ruedas. Se inclinó hacia él.

—Soy periodista —mintió. Señaló el panel—. ¿Puedo tomar unas fotos?

El soldado asintió con la cabeza. Su mirada era casi ausente. No pronunció una sola palabra.

El Viajero abrió su bolsa de viaje, tomó su cámara fotográfica y dejó la bolsa en el suelo. Por un momento pensó que sería llamativa, casi ridícula, su voluminosa cámara de hacía cincuenta años. Pero nadie dijo nada.

Tomó algunas fotos de la gente y de la mesa, luego se centró en el panel. No supo cuántas fotos tomó en total, por unos momentos pensó que demasiadas. Cuando terminó, sus manos temblaban.

—Más abajo, en la plaza, hay un mitin sobre el holocausto —le dijo alguien de entre el público—. Puede que le interese tomar también algunas fotos y escucharlo.

El Viajero se lo quedó mirando sin comprender.

—¿El holocausto?

—Sí. El genocidio. El exterminio. Judíos, gitanos, homosexuales... Ya sabe, la solución final de Hitler. ¿Acaso no lee los periódicos?

El Viajero intentó reaccionar. Al cabo de un momento lo único que pudo hacer fue responder:

—Sí... Sí, lo haré.

Volvió a guardar precipitadamente la cámara en la bolsa de viaje, tomó ésta y se alejó del grupo. El hombre de civil seguía hablando de los horrores de la guerra; el soldado, inmóvil en su silla de ruedas, miraba a la concurrencia con aire ausente y rostro pétreo. Alguien del público se acercó a la mesa, tomó un libro, miró algo en su contraportada y depositó unas monedas sobre la mesa antes de volver a su sitio.

El Viajero se alejó unos pasos calle abajo, en dirección a la plaza señalada por el hombre, pero se detuvo apenas unos metros más adelante. No, no le serviría de nada escuchar mitines, ni pacifistas ni patrióticos, se dijo. Necesitaba algo más concreto. Algo que le aclarara las ideas. Tenía que saber cómo y por qué estaba ocurriendo todo aquello, documentarse a fondo en una biblioteca.

Pero apenas pensar en ello todo su cuerpo rechazó la idea. ¿Qué iba a conseguir con ello?, se dijo. ¿Y cuáles podían ser las consecuencias? Recordó su vuelta en 1917 a su casa aún intacta pero ocupada por la policía. No podía arriesgarse a que le ocurriera algo parecido y verse atrapado en aquel año, en aquel terrible momento dentro de una guerra interminable.

Le entró un pánico cervical. No podía perder más tiempo. Dio media vuelta y regresó por donde había venido.

Apenas había recorrido un par de manzanas tuvo un momento de desorientación: la calle, la principal de Richmond, era muy distinta de la que recordaba de 1893: había nuevos edificios, otros habían desaparecido, otros más habían cambiado de aspecto. Se sintió invadido por un repentino desconcierto. Luego se fue tranquilizando poco a poco. Miró a su alrededor, agarró con fuerza su bolsa y echó a andar.

Se perdió un par de veces y tuvo que volver sobre sus pasos, y en una ocasión se vio obligado a preguntarle a un transeúnte por la calle que buscaba. Pero al final consiguió llegar a lo que había sido su casa. Una mirada ansiosa le reveló que ahí estaba todavía su máquina, intacta, medio oculta por la pared semidesmoronada, sin nadie a su alrededor. Respiró aliviado.

En un último impulso, sacó su cámara fotográfica y tomó algunas fotos desde distintos ángulos de lo que quedaba del edificio. Luego volvió a guardar la cámara y entró por la parte derrumbada de la pared a lo que había sido su antiguo laboratorio.

Se sentó en la máquina, depositó la bolsa de viaje junto a sus pies y sacó las palancas de su bolsillo. Las encajó lentamente, casi como si fuera un ritual, y se las quedó mirando. Las acarició con mano temblorosa. Por un instante pensó en empujar hacia adelante la palanca de puesta en marcha y seguir su periplo hacia el futuro para ver cómo se había resuelto la guerra. Pero reconoció



su miedo a hacerlo. ¿Y si la guerra no se había resuelto? ¿Y si seguía y seguía en el futuro? ¿Y si el hombre había terminado aniquilándose de la faz del planeta? Sabía que en el peor de los casos la humanidad renacería pese a todo: Weena, los eloi y los morlocks eran la prueba de ello, Pero, ¿qué había pasado en el enorme intervalo de aquellos cientos y cientos de miles de años? Recordó el artículo en el periódico sobre la fisión del átomo. Sonaba como algo premonitoriamente inquietante.

No supo cuánto tiempo permaneció sentado allí inmóvil en su máquina, con la mano temblorosamente posada en la palanca, deseoso de empujarla hacia adelante y ver qué deparaba el futuro pero temeroso a la vez de hacerlo. Luego, de repente, con un suspiro que fue casi un grito, la empujó a fondo hacia atrás.

## V

### Las pruebas

El señor Wells dejó de hablar. No sé cuánto tiempo llevábamos allá en su estudio, pero fuera era ya de noche. En un momento dado había llamado a su esposa Amy y le había pedido que nos trajera una botella de brandy y dos copas, y le dijo que no nos molestara nadie. El licor me había ayudado a asimilar toda su narración a medida que la iba desgranando, y se lo agradecí. Cuando terminó, mi copa estaba vacía. Me sirvió de nuevo de la botella de cristal tallado.

—Supongo que aquella última decisión fue terriblemente difícil para él —dijo tras la larga pausa—. Como debió de serlo también, para una mente inquisitiva como la suya, el no acudir corriendo a una biblioteca para intentar cubrir el enorme hiato de aquellos casi treinta presumiblemente terribles años. Imagino que, en el fondo, debía de hallarse en una especie de estado de shock, lo cual es comprensible. Sin contar el temor de que le ocurriera algo a su máquina y se viera atrapado para siempre en aquella horrible época.

Dudé unos momentos antes de formular la pregunta que me corroía:

—¿Se trajo consigo de vuelta su bolsa de viaje, con los periódicos y la cámara fotográfica?

Asintió.

—Sí. Y supongo que, como buen periodista, deseará ver usted esas pruebas.

Por aquel entonces yo distaba aún mucho de ser un buen periodista, pero por supuesto cualquier prueba sería bienvenida. Asentí. El señor Wells abrió un cajón de su escritorio, rebuscó algo en él y lo sacó. Me lo tendió.

—Mire —dijo simplemente.

Miré, con los ojos muy abiertos. Eran dos periódicos: el primero el *Times* del 20 de mayo de 1917, el segundo el *Daily Worker* del 26 de noviembre de 1944. En la portada del primero destacaban la foto de un vehículo compactamente acorazado «trepando por un terraplén en un ángulo imposible», rezaba el pie, y la de una escuadrilla de biplanos en plena batalla aérea, tomada a todas luces desde otro aeroplano. En la portada del segundo, ocupando casi media página, la foto de las ruinas de lo que en su tiempo habían sido los almacenes Woolworths impresionaba tanto por su realismo como por todo su implícito significado. Para mi olfato aguzado por muchas horas de permanencia en la redacción, el ligero olor a tinta que aún conservaban ambos periódicos tras haber permanecido encerrados todo aquel tiempo en aquel cajón me embriagó casi tanto como el coñac.

—¿Y las fotos? —pregunté.

Sonrió ligeramente. Rebuscó de nuevo en su cajón y sacó un sobre.

—Me entregó la cámara y me pidió que me ocupara yo de ellas. Dijo que él no quería verlas. Parecía muy alterado. —Me tendió el sobre.

Saqué de él varias docenas de fotografías, redondas imágenes sobre lustroso papel ligeramente abarquillado. El primer bloque era de gente andando por la calle. Reconocí la calle en Richmond donde estaba la casa del Viajero, aunque con sutiles diferencias de cómo la recordaba, quizá más en la ropa de la gente que en la calle y las fachadas de los edificios en sí. En una de ellas alguien, seguramente el propio Viajero sosteniendo la cámara, mostraba en primer plano un periódico, de modo que en el ángulo inferior de la foto se vieran el titular y la fecha sobre el fondo de la escena. Toda la imagen estaba desenfocada por ambos extremos, pero podían apreciarse con la suficiente claridad los detalles.

El segundo bloque estaba formado por una veintena de fotografías. Había una mesa cubierta con la bandera británica, llena de libros y panfletos; había fotos más de cerca de algunos de esos libros, y una del soldado sin piernas en su silla de ruedas; las demás correspondían al panel de detrás de la mesa y las fotografías que lo componían. Aunque el Viajero se había acercado todo lo posible, las imágenes de las fotos eran demasiado pequeñas como para poder verlas con claridad. El señor Wells tomó una lupa de encima de su escritorio y me la tendió. Se lo agradecí. Miré las fotos del panel y me estremecí.

Las últimas cinco fotos eran de una casa en ruinas. No reconocí la casa del Viajero en aquel montón de cascotes, pero en una de ellas se vislumbraba, tras una pared medio derrumbada, una máquina extraña que identifiqué de inmediato: una estructura fea, de aspecto rechoncho y basto, un artefacto de cobre, ébano, marfil y reluciente cuarzo translúcido, como la había descrito el señor Wells en su libro, y que recordaba haber visto antes, me parecía ahora que hacía una eternidad. Estuve contemplándola durante largo rato antes de volver a dejarla con el resto de las fotografías sobre la mesa.

El señor Wells se mantuvo unos instantes en silencio, luego continuó:

—El Viajero me confió los periódicos y el carrete de las fotos. Me dijo que yo sabría qué hacer con ellos. Fue como si me traspasara la responsabilidad de un legado. Dijo que él tenía mucho en lo que meditar. Parecía realmente trastornado. No hacía más que repetir: «Treinta años de guerra, treinta años ininterrumpidos de muerte y destrucción...» Le aconsejé que se calmara y meditara reposadamente en todo lo que le había ocurrido antes de tomar ninguna decisión, y me prometió que lo haría. En el fondo, sin embargo, temía que en un ataque de depresión pudiera llegar a destruir la máquina. Me fui intranquilo.

»Le llamé por teléfono a los dos días, pero su criado me dijo que no podía ponerse. De hecho, me señaló que el señor pasaba casi todo el día encerrado en su despacho, «pero sin escribir ni hacer nada de provecho», dijo. Sinceramente, me confesó, estaba preocupado.

»Durante los siguientes días le llamé numerosas veces. Nunca se puso al teléfono. Su criado me dijo que había abandonado al fin su estudio y que

ahora pasaba la mayor parte del tiempo encerrado en su laboratorio. Sí, me dijo, trabajando. ¿En qué?, pregunté. Casi creí ver su encogimiento de hombros al otro lado del hilo. En las cosas en las que trabajaba siempre el señor, me dijo.

»Acudí a verle en un par de ocasiones. Inútilmente. El criado me dijo que le había comunicado mi visita y que le había respondido que estaba demasiado atareado, que no podía dejar su trabajo, pero que no me preocupara: tan pronto como resolviera el problema que tenía entre manos me llamaría y me lo contaría todo.

»Otro quizá se hubiera sentido ofendido ante aquello, pero yo le conocía desde hacía el tiempo suficiente y nuestra amistad era lo bastante sólida como para saber que sus palabras eran sinceras. Así que regresé a mi casa y aguardé.

»Me llamó a los dos meses. Acudí presuroso a Richmond, debatiéndome entre la intranquilidad y la esperanza. Tuve que esperar un buen rato antes de que saliera a recibirme. Lo hizo desde el laboratorio, y me sorprendió su aspecto: ojeroso, un tanto demacrado, como si hubiera pasado aquellos dos meses trabajando sin interrupción las veinticuatro horas del día. Pero su actitud era animosa y sus ojos tenían ese brillo que había echado en falta al regreso de su segundo viaje, la última vez que nos vimos, cuando me contó su aventura en la guerra. Me estrechó calurosamente la mano y me dijo con voz radiante: «Lo he conseguido, Herbert. Por fin lo he conseguido.»

»Y me lo explicó. Su principal inquietud había sido, tras su segundo viaje, la necesidad de tener que abandonar, expuesta a todo tipo de peligros, la máquina mientras él exploraba el tiempo al que había ido. Ya no solamente su aventura con los morlocks, sino más recientemente su regreso a su casa aquella noche de 1917 para hallar la calle llena de gente y de policías, no podía apartarse de su cabeza. Tenía que hallar algún medio de evitar que pudiera volver a suceder algo como aquello. Pero, ¿cuál?

»Se devanó los sesos durante muchos días hasta que tropezó por casualidad, en una revista científica, con un artículo sobre Nikola Tesla y lo que él llamaba su «sistema mundial de transmisión de energía eléctrica sin cables». Hacía muy poco, Tesla Había hecho una demostración de su sistema allá en los Estados Unidos, primero en St. Louis y más tarde en la Feria Mundial de Chicago, y se había preocupado mucho de darle una gran publicidad al asunto, sin duda en busca de garantizarse una eventual concesión de la patente, puesto que había otros investigadores que estaban siguiendo aquella misma línea de investigación. Las bibliotecas públicas londinenses son excelentes para quien sabe buscar en ellas, y pronto había recopilado toda la información que necesitaba sobre el asunto. Se puso a trabajar. Su objetivo, me dijo, era crear un transmisor de ondas eléctricas que permitiera accionar sin necesidad de cables un mando situado en la máquina del tiempo. Cuando hubo conseguido



ese transmisor, cosa para lo que no precisó mucho tiempo puesto que su alcance no necesitaba ser muy grande, pasó a la siguiente fase: construir un dispositivo que hiciera que la máquina se desplazara por sí misma dentro de un bucle temporal sin fin, es decir, que avanzara un tiempo determinado y luego invirtiera automáticamente el sentido de la marcha para volver a iniciar el ciclo una vez alcanzado el otro extremo, si no se le daba ninguna orden en contra. Eso fue más difícil de conseguir, pero debo reconocer que el Viajero era un auténtico genio. Al poco tiempo había creado un mando automático integrado en la máquina, independiente de las palancas, que a una orden dada desde su emisor la ponía en marcha iniciando el bucle, y la detenía a otra orden. Así, teóricamente al menos, la máquina sería invisible mientras viajara dentro de ese bucle, puesto que seguiría moviéndose incesantemente por el tiempo, hacia adelante y hacia atrás, mientras él efectuaba su exploración. Para una mayor seguridad estableció el bucle de modo que cada inversión de la marcha la efectuara un segundo más tarde que la anterior, para evitar así cualquier solapamiento, y fijó los recorridos desde equis tiempo en el pasado hasta equis tiempo en el futuro, para garantizarse el que siempre pasara por su presente a cada cambio de sentido del bucle pese al avance de seguridad de un segundo.

»Hizo la prueba definitiva. Estableció un lapso de tiempo de diez días —cinco en el futuro y cinco en el pasado, no se atrevió a marcar un plazo más largo por temor a que pudiera surgir algún problema a la hora de recobrar la máquina— y accionó el mando, con el corazón latiéndole desbocado. La máquina fluctuó y desapareció ante él. Aguardó unas horas de incertidumbre, y luego volvió a pulsar el mando, y la máquina apareció de nuevo al instante, como si siempre hubiera estado allí. Le invadió una tal alegría que casi se desmayó.

»Hizo una nueva prueba con él montado en la máquina. Observó que, en el momento de la inversión del sentido de la marcha, todo a su alrededor se hacía visible por una pequeñísima fracción de segundo, lo cual quería decir que por un brevísimo tiempo la máquina se materializaba en el momento de cambiar el sentido de su marcha, aunque nuevos y preocupados ensayos le tranquilizaron demostrándole que lo hacía de una forma tan infinitésimamente breve que resultaba absolutamente invisible para cualquier observador. Esa brevísima materialización le hizo felicitarle por su previsión de haber creado aquel margen de seguridad de un segundo dentro del bucle para evitar que la máquina se encontrara a sí misma a la hora de invertir su dirección temporal, pero también significaba que podía surgir un problema si en el instante del cambio un objeto, como una silla puesta temporalmente allí al azar, ocupaba aquel mismo espacio, o alguien lo cruzaba en el instante mismo del cambio de sentido. Otro peligro a tener en cuenta era que, si rebasaba en su exploración

el tiempo máximo de recorrido del bucle fijado, incluso teniendo en cuenta su avance segundo a segundo en cada recorrido, no podría llamar de vuelta a la máquina, puesto que ésta se hallaría irrecuperablemente en su pasado. Por eso, para una mayor seguridad, introdujo otra modificación en el bucle por la cual podía variar su amplitud a voluntad, desde los diez días iniciales hasta un año (la mitad en el futuro, la mitad en el pasado), para poder ajustarlo a cada circunstancia. Cuando le dije que el alcance del emisor podía no ser suficiente si lo accionaba en el momento en que la máquina estuviera en el extremo más alejado del bucle temporal, se rió y me dijo que no había ningún problema con ello: el mando funcionaba de modo que accionaba el mecanismo de la máquina en el momento exacto en que ésta *pasaba* por su presente en su recorrido en cualquiera de los dos sentidos dentro del bucle, lo cual había comprobado que era prácticamente una vez cada tres segundos.

»Así, me confió, ahora podría lanzarse a explorar el futuro con unas ciertas garantías, aunque por supuesto, admitió, nunca existía en nada la seguridad absoluta. Pasamos al laboratorio, y me ofreció, dijo, «un asiento de primera fila» a un lado de la estancia, ante la máquina. Sí, me dijo; no podía esperar más: iba a lanzarse a una nueva exploración. *Necesitaba* hacerlo, todavía quedaban muchas incógnitas por desvelar en el futuro. Tomó una bolsa de viaje de encima de la mesa, más abultada que la de la vez anterior, y se subió a la máquina. Desde el asiento me hizo un signo con la mano, entre una despedida y un gesto de aliento. «Hasta mi vuelta dentro de un instante», dijo. Luego empujó hacia adelante una de las palancas, suave y progresivamente. La máquina vibró, pareció volverse translúcida, después transparente, luego se disolvió en la nada. Hubo como una leve corriente de aire, y la máquina y el Viajero habían desaparecido.

El señor Wells me miró fijamente, con los ojos más graves que haya visto nunca en un hombre.

—Desde entonces nadie ha vuelto a verle —concluyó.

Durante unos momentos no supe qué decir. Finalmente hallé mi voz.

—¿Y qué piensa hacer usted ahora? —pregunté.

Esbozó una sonrisa.

—¿Qué quiere que haga? ¿Que escriba otra novela, *Las nuevas aventuras del Viajero a través del Tiempo*? ¿Para que con el paso de unos pocos años la novela deje de ser una novela y se convierta en una profecía que se ha hecho realidad? Al menos en el año 802.701 ya no habrá nadie de nosotros que pueda argumentar sobre la veracidad o falsedad de mi historia. ¿Pero en 1914? —Sacudió la cabeza.

Después de aquellas palabras ya no había mucho más que decir. Intercambiamos aún algunas inanidades, sintiéndonos ambos torpes e



incómodos. Tras lo cual me puse en pie y dije que ya le había robado demasiado de su tiempo y que lo mejor sería irme. Mi voz sonó forzada. Asintió con la cabeza. Miré unos instantes los dos periódicos y el sobre encima de la mesa, casi con codicia. No me atreví a pedirselos, y él por supuesto no me los ofreció. Me acompañó hasta la puerta. En el umbral, como despedida, me dijo, como si estuviera expresando un pensamiento compartido:

—Total, sólo tenemos que esperar diecinueve años para confirmar su historia.

—Sí —asentí lúgubrementemente—. Sólo diecinueve años.

## VI

### El devenir del tiempo

Volví a mi apartamento en el Soho. El brandy tomado en casa del señor Wells aún dejaba sentir sus efectos sobre mí y hacía volar mis ideas. Faltaban diecinueve años para el inicio de una guerra que asolaría Europa durante más de treinta años, me dije. Diecinueve años. Eran muchos años, en todos los sentidos.

Mientras me desvestía y me metía en la cama intenté recordar lo que sabía de la situación actual del continente que pudiera abocarnos con el paso del tiempo a un gran conflicto armado. Hacía casi ochenta años desde la derrota de Napoleón en Waterloo, el final de la última gran guerra europea. Cierto, había habido otras guerras desde entonces: la de Crimea, la franco-prusiana..., pero todas ellas podían calificarse de «locales», habían tenido escasa trascendencia a nivel mundial. A largo plazo, pensé, más trascendencia tenían otros factores menos cruentos pero quizá más significativos, como la escalada armamentista, la exacerbación de los nacionalismos y el avance del imperialismo, sobre todo en los países del centro de Europa. En los últimos cincuenta años habíamos visto la unificación de Italia y la de Alemania, la creación del Imperio Austrohúngaro, la lucha por las colonias, las constantes alianzas entre las distintas potencias, la aparición de grandes y recias figuras políticas... Pero, ¿era todo eso suficiente como para justificar una escalada hacia una guerra *global*? Me resistía a creerlo.

Aquella noche dormí poco y mal. Al día siguiente estaba a primera hora de la mañana en el periódico, dispuesto a efectuar una investigación en toda regla.

Lo primero que hice fue buscar toda la documentación que tenía el periódico sobre el archiduque Francisco Fernando, heredero del trono austrohúngaro.

Francisco Fernando (Franz Ferdinand Karl Ludwig Josef von Habsburg-Lothringen), archiduque de Austria-Este, príncipe imperial de Austria y príncipe real de Hungría y Bohemia, había nacido en Graz, Austria, en 1863, por lo que ahora tenía treinta y dos años. Gran amante de la caza y de los viajes, había recorrido toda Europa desde que la muerte de su primo el duque Francisco V de Módena le convirtiera en uno de los hombres más ricos de Austria al nombrarle su heredero sin otra condición que el añadir Este a su título. Pero su vida había sufrido un profundo cambio cuando en 1889 su primo Rodolfo de Habsburgo se suicidó en el pabellón de caza de su residencia de Mayerling, situando a su padre, el archiduque Carlos Luis de Austria, primero en la línea sucesoria del trono austrohúngaro, y en consecuencia a Francisco Fernando como su sucesor directo.

Aquello había cambiado por completo su vida. La educación de un archiduque no es la misma que la de un futuro emperador. Como tampoco lo es la forma en que es examinado por el ojo del mundo. Desde la muerte de Rodolfo no dejó de estar en el candelero, sobre todo en lo que a relaciones femeninas se refería: la realeza europea es muy estricta acerca de las mujeres elegibles para casarse con un miembro de las futuras dinastías reinantes. Periódicamente, la prensa destacaba el nombre de alguna posible candidata, para desmentirlo poco después, mientras el archiduque Carlos Luis seguía aguardando su ascensión al trono y su hermano mayor el emperador Francisco José seguía gobernando empecinadamente un imperio que se desmoronaba a su alrededor.

No había por aquel lado nada que pudiera darme ningún indicio concreto, de modo que en los días siguientes me dediqué a hacer un análisis exhaustivo de todas las circunstancias políticas europeas que podían alterar el precario equilibrio de la paz. Pronto llegué a una inquietante conclusión: no es lo mismo examinar un hecho de una forma desapasionada, fría y racional, que hacerlo *sabiendo* a ciencia cierta lo que llegará a desencadenar con el paso del tiempo. Esto último *condiciona*. En mi examen de la situación política, económica y social de Europa no dejé de hallar constantemente multitud de indicios que *podían* dar como resultado una guerra a medio/largo plazo, desde el creciente militarismo de los imperios centroeuropeos, la progresiva beligerancia de sus dirigentes o la encarnizada rivalidad naval entre Alemania y Gran Bretaña, hasta algo tan peregrino como la teoría del darwinismo social de Herbert Spencer, que estaba empezando a tener una cierta repercusión en Gran Bretaña y sobre todo en Alemania, y que aplicaba la teoría de Darwin de la supervivencia del más apto no sólo a los individuos, sino también a la sociedad.

Pero nada de ello tenía la relevancia suficiente como para poder destacarlo por encima de lo demás. De modo que a los pocos meses abandoné aquel estúpido ejercicio masoquista, que lo único que conseguía era excitarme inútilmente.

En 1896 el señor Wells publicó una nueva novela, *La isla del doctor Moreau*. Sorprendentemente, tocaba un tema muy distinto al de *La máquina del tiempo*: narraba la obsesión de un doctor loco por «humanizar» a través de la cirugía a un conjunto de animales. El fondo científico era impecable, lo cual no dejaba de ser lógico: por algo el señor Wells había estudiado biología con el gran Thomas Henry Huxley. Pero había algo más que locura en el doctor Moreau: a todo lo largo el libro su obsesión destilaba un deseo mesiánico de redimir, a través del simbolismo de los animales transformados, a la humanidad, de perfeccionarla, de elevarla por encima de su componente animal.

Casi sin pensarlo, llamé al señor Wells y le solicité una entrevista para hablar de su nuevo libro.

Me recibió como la otra vez en su estudio. Se sentó tras su escritorio y me señaló el mullido sillón al otro lado. Sobre la mesa había ya una botella de cristal tallado llena de brandy y dos copas. Las sirvió, me tendió una.

Sonrió irónicamente.

—Supongo que no ha venido para que hablemos de *La isla*, ¿verdad? —dijo.

Negué con la cabeza, como un escolar atrapado en falta.

—No. He venido a hablar del Viajero. Sé que ha utilizado usted en un relato suyo el tema de la posibilidad de que el hombre llegue a volar impulsado por aparatos a motor, sin duda inspirado por la referencia del Viajero acerca de la aviación a motor como importante arma de guerra y por aquella foto en el periódico. ¿Por qué no ha hecho lo mismo con los tanques o con los submarinos, cuya importancia en la guerra parece que será, si no mayor, al menos similar?

Se lo pensó un momento antes de contestar.

—La verdad es que me bulle una idea sobre los acorazados terrestres y su importancia en la guerra, en realidad tengo ya medio escrita una historia al respecto. En cuanto a los submarinos —confesó—, pese a las pruebas que se han hecho y del éxito de prototipos como los de Peral y de Holland, en el fondo mi imaginación se niega a ver ningún tipo de submarino haciendo otra cosa más que sofocar a su tripulación y hundirla definitivamente en el mar. Además, no quise que nadie pensara que pretendía imitar a Jules Verne. —Sonrió de nuevo—. Sus *20.000 leguas* son una obra definitiva al respecto. Y en cierto modo su Nautilus era usado también por el capitán Nemo como una máquina de guerra.

—Pero en acciones individuales, no como parte de un cuerpo de ejército en el seno de un conflicto bélico generalizado —objeté.

La sonrisa no abandonó su rostro. Agitó la cabeza, desviando el tema.

—Sí, confieso que tal vez me dejé arrastrar por las emociones del momento cuando escribí «Los argonautas del aire». La verdad es que lo escribí casi inmediatamente después de mi conversación con el Viajero, en una noche insomne, con el periódico delante con aquella foto de los sorprendentes aparatos aéreos trazando sus evoluciones en pleno aire; y, como le he dicho, no tardaré mucho en terminar el relato inspirado en la foto del leviatán mecánico escalando su terraplén. Incluso tengo ya el título: «Los acorazados terrestres». Aunque no los submarinos. No, no los submarinos.

»Pero si es eso lo que le preocupa y lo que le ha impulsado a venir a verme, le diré que puede tranquilizarse. No voy a limitarme a escribir sobre estos temas. No tengo intención de seguir convirtiendo la realidad en ficción. Mis temas actuales van en otras direcciones. En estos momentos estoy terminando una nueva novela que habla de la odisea y el drama vital de un

hombre que consigue hacerse invisible. Y si tiene la oportunidad de leer algunos de los relatos que he publicado más recientemente, verá que su temática no puede ser más distinta, variada y lejana al tema que nos preocupa en estos momentos a ambos.

No pude evitar la pregunta:

—¿Por qué?

Se encogió de hombros.

—Quizá para evitar el seguir pensando demasiado en el Viajero y en lo que me contó de su segundo viaje.

Aquella respuesta hizo girar los engranajes en mi cabeza hasta que encajaron. Supe entonces exactamente por qué había acudido a verle.

—¿Acaso pretende olvidar todo el asunto, como si nunca hubiera ocurrido? —casi le acusé.

Me miró agudamente.

—¿Qué piensa hacer *usted*?

Me pilló por sorpresa. Vacilé antes de contestar.

—No sé..., pero creo que deberíamos hacer algo.

Su mirada se hizo inquisitiva.

—¿*Deberíamos*? ¿Como qué? ¿Quizá intentar cambiar el curso de la historia?

Parecía como si estuviera leyendo mis pensamientos. Asentí con la cabeza.

—S...sí. ¿Por qué no?

Esta vez se echó a reír francamente.

—Mi querido amigo, es usted un iluso. ¿Qué propone hacer? ¿Matar por ejemplo mañana al archiduque Francisco Fernando para que ese estudiante servio no pueda matarlo en 1914? ¿O matar al propio estudiante para que no tenga oportunidad de asesinar al archiduque? Aunque lo intentara, dudo mucho que lo consiguiera.

Le miré interrogativamente. Juntó las manos formando una pirámide sobre la mesa.

—¿Sabe? —dijo—, desde que le conté el segundo relato del Viajero he estado esperando cada día su visita. Me sorprende que haya tardado tanto en venir. Supongo que durante este tiempo habrá estado usted muy ocupado efectuando todo tipo de investigaciones, indagaciones y comprobaciones, buscando qué hechos, más allá del asesinato de un príncipe heredero, podrían llegar a desencadenar una guerra. Y supongo que no ha hallado nada convincente.

Muy a mi pesar, asentí con la cabeza.

—Le diré que es lógico que así sea —continuó—. Si pudiéramos adivinar con seguridad el futuro a partir de los hechos del presente, los oráculos, los videntes y los adivinos gozarían de una posición muy respetable en nuestra sociedad. La historia se mueve impulsada por la irracionalidad humana. La mente humana es imprevisible. Y en el fondo quizá sea mejor así.

»Habla usted de cambiar el futuro. De emprender una acción hoy para impedir otra acción mañana. Dudo mucho que esto llegara a surtir ningún efecto, no si *sabemos* ya cuál va a ser ese mañana.

»Le vaticino que, si intentara usted matar por ejemplo al archiduque, o a su asesino, hoy o la semana próxima, para evitar que pueda producirse ese asesinato en 1914, no lo conseguiría, por mucho empeño que pusiera en ello. Porque está *previsto* que el archiduque muera el 28 de junio de 1914, no ahora, y a manos precisamente de ese estudiante, no de otra persona.

»Si he de serle sincero, le diré que no concibo el tiempo como una tela que puede estirarse y encogerse, arrugarse y doblarse a voluntad. Lo veo más bien como una lámina de acero, fría, rígida e inamovible, capaz de resistir cualquier ataque sin siquiera combarse. El Viajero a Través del Tiempo vio unos hechos, supo de otros por los periódicos, y estos hechos son tan firmes e inamovibles en el devenir del tiempo como una montaña porque, en algún lugar del universo, son ya una realidad: existen, mejor dicho, existirán, y nada puede cambiarlos.

Le miré con genuina sorpresa.

—¿Me está diciendo que comulga usted con el determinismo?

Se apresuró a negar con la cabeza.

—No, le estoy hablando de algo completamente distinto, una realidad científica. Recuerde las explicaciones que nos dio el Viajero acerca del tiempo como la cuarta dimensión de la materia: largura, anchura, altura... y duración. Las tres primeras son medidas inmutables. ¿Por qué no debería de serlo también la cuarta?

»He estado pensando mucho en ello, mi querido amigo. El futuro, como dimensión, es una incógnita para nosotros desde el momento en que lo ignoramos, no podemos acceder a él, como lo es cualquiera de las otras tres dimensiones cuando no podemos ver lo que hay al otro extremo; pero desde el momento mismo en que conseguimos que se abra a nuestros ojos se convierte en una dimensión material más, tan fija, fría e inamovible como las otras tres cuando comprobamos lo que hay en ese otro extremo: lo que sucederá, y nada puede cambiarlo. «Está escrito», dice la sabiduría popular. Si quiere llamar usted a eso determinismo es muy libre de hacerlo, pero yo no lo veo así. No al menos tal como concebimos filosóficamente esa palabra. Usted puede usar su libre albedrío de la manera que quiera, y así irá marcando su futuro. Un futuro que irá configurando con sus actos y decisiones, pese a que ya está escrito precisamente con esa misma configuración que usted le está dando. Puede incluso ir al futuro y copiar los resultados de las carreras de Ascot y volver al presente y ganar una fortuna con ello, porque si comprueba ese futuro verá que en él aparece usted como uno de los ganadores de esa apuesta. Pero si en el futuro, antes



de volver, comprueba los resultados y descubre que su nombre no aparece en la lista de ganadores, por mucho que lo intente no podrá apostar, y si lo hace su apuesta se extraviará o cometerá en ella algún error que la invalidará o cualquier otra cosa, porque *sabe* que en el futuro los ganadores serán *otros*, no usted, y eso es algo que no podrá cambiar porque ya ha *visto* su realidad. Ni aunque lo intente un millón de veces.

—Pero —intenté argumentar—, ¿y si veo mi nombre entre los ganadores y vuelvo al presente y *no* formulo la apuesta? —Me sentí un tanto maquiavélico.

Se lo pensó unos instantes, luego agitó la cabeza.

—Ésa es una cuestión digna de ser estudiada —admitió—. No pretendo estar en posesión de todas las respuestas, pero le diré que en ese caso me inclino por algún tipo de alambricada situación que hará que pese a todo usted *rellene* de algún modo su apuesta ganadora. No puede ser de otra manera.

Di un sorbo pensativo a mi coñac. El señor Wells siguió:

—Piense detenidamente en ello. El futuro lo vamos configurando con nuestras acciones, sí, pero como dimensión *física* existe ya hasta el final de los tiempos, del mismo modo que existe el pasado desde sus inicios. Mientras el hombre no puede acceder a él es una incógnita simplemente porque lo desconocemos, pero en el momento mismo en que uno se involucra en él y descubre lo que pasará la cosa cambia. ¿Entiende lo que le quiero decir? En todos los aspectos ocurre igual que con las apuestas hípicas que le he mencionado. Si pudiera usted trasladarse al 20 de mayo de 1917 y fuera a Richmond hallaría allí la máquina del tiempo, y por la noche vería el lugar lleno de gente y a la policía rondando por allí, porque esto forma ya parte del futuro, el Viajero lo creó con su viaje y ya no puede borrarse. Podemos actuar sobre lo que no sabemos simplemente porque no lo sabemos, y podemos contar con que el futuro adoptará su configuración de acuerdo con lo que hagamos, sea lo que sea. Pero si conocemos de antemano cuál va a ser el resultado, simplemente no podremos *cambiarlo*, porque *ya existe* tal como lo hemos visto.

—Entonces, nuestro libre albedrío depende solamente de nuestra ignorancia del futuro.

—En cierto modo sí. Pero el enfoque es distinto. Le repito que el futuro ya está escrito, y es por eso por lo que supongo que podemos viajar por él, del mismo modo que podemos recorrer las otras tres dimensiones. Podemos *violentar* la longitud y la anchura con nuestros vehículos, la altura con nuestros globos aerostáticos. Pero el paso de un vehículo no cambia el terreno que pisamos, un globo aerostático no hace variar en sí la configuración de las nubes ni provoca la lluvia.

»Una máquina del tiempo no altera el futuro, sino que simplemente *forma parte de él*. Cierto: si lo desconocemos, podemos actuar con la presunción

de que nuestros actos lo configurarán, y realmente, en cierto modo, así es. Por eso le digo que es algo distinto al determinismo tal como lo concebimos. El futuro ya existe, sí, pero es el resultado de la suma de todas nuestras decisiones, y el viaje por el tiempo es una más de ellas. Pero cuando viajamos al futuro *rompemos* esa presunta libertad de acción por el hecho mismo de descubrir los resultados de nuestras acciones antes de emprenderlas. Y ese viaje al futuro forma parte también de ese futuro, está *integrado* en él, del mismo modo que nuestro vehículo o nuestro globo están integrados en sus respectivas dimensiones. Si el Viajero no se ha visto a sí mismo en ninguno de los momentos a los que ha viajado, por ejemplo, es tan sólo porque no se ha parado dos veces en el mismo instante de tiempo. Sería curioso hacer la prueba; de ese modo, tendría la oportunidad de verse a sí mismo como otra persona...

Empezaba a entender el razonamiento del señor Wells. Pero algo en mi interior me decía que, pese a todo, *era preciso* hacer algo.

—¿Entonces, qué podemos hacer al respecto? —murmuré. Ya no era «deberíamos».

Se encogió de hombros.

—El Viajero nos hizo un regalo envenenado. Debemos apechugar con él. —Me miró fijamente a los ojos—. Pero creo que algo sí podemos hacer.

Sin darme cuenta incliné ligeramente el cuerpo hacia adelante. El señor Wells volvió a llenar las copas, que estaban vacías.

—No podemos iniciar ninguna acción directa que afecte al futuro que ya sabemos, pero creo que hay formas de influenciar el futuro que no conocemos. Crear estados de opinión, por ejemplo; luchar contra la guerra y en pro del pacifismo; fomentar en la gente una aversión hacia el militarismo, el imperialismo y todas las nociones que tienen un trasfondo bélico. Hay mucho campo por cubrir ahí.

—Pero —objeté—, eso también será inútil. Sabemos ya...

—Oh, sí, sabemos unos cuantos hechos concretos dentro de un contexto bélico en general. Pero no conocemos la guerra *en su globalidad*. No sabemos hasta qué punto será terrible el escenario bélico en sí. Sabemos de la guerra de trincheras, pero nada de en qué condiciones se luchará; sabemos de los gases venenosos, pero no cuánta gente llegarán a matar ni cuál será su virulencia; conocemos los efectos de las V 2, pero no la extensión en la que serán empleadas y cuántas víctimas causarán. Podemos dedicar nuestros esfuerzos a crear en la gente un sentimiento antibélico en general que reduzca los peores efectos de la guerra. Pienso que tal vez, si no lo hacemos, algunas de las condiciones de la guerra, esas que desconocemos, *pueden* ser peores de lo que serán en realidad si hacemos algo. De acuerdo, nunca vamos a saber si con ello hemos conseguido algo o no, porque no tendremos nada con lo que compararlo. Pero creo que vale la pena intentarlo.





El señor Wells me invitó a visitarle siempre que quisiera para charlar sobre lo que llamó «nuestro asunto». Y lo hice a menudo, tras aquella segunda visita. Creo que en el fondo me convertí en una especie de desahogo para él, y a mí me sirvió para aclarar en buena parte mis ideas.

Seguí muy de cerca su carrera literaria. En 1897 apareció el libro que me había comentado, *El hombre invisible*, y en 1898 una novela apocalíptica, *La guerra de los mundos*. En ambas creí ver atisbos de las nuevas ideas que me había expuesto aquella tarde. El hecho de que Griffin, el protagonista de *El hombre invisible*, fuera incapaz de volver a hacerse visible una vez alcanzado el estadio de invisibilidad podía verse claramente como un mensaje de que no existe vuelta atrás a nuestras acciones, por lo que hay que meditarlas muy profundamente antes de llevarlas a cabo, y la invasión marciana de *La guerra de los mundos*—el señor Wells me confesó que había elegido Marte como potencia invasora por la repercusión que había tenido la publicación del libro de Percival Lowell sobre el descubrimiento de los canales marcianos por parte del astrónomo Schiaparelli, pero también y sobre todo para alejar de nuestro planeta la trama del origen de la violencia pero sin alejarla demasiado, y que había pergeñado el final para dejar constancia de que siempre hay en nuestras manos un medio de vencer al enemigo, por poderoso que éste sea— tenía pese a todo, al menos para mí que era consciente del hecho, claras evocaciones del horror de los futuros bombardeos sobre Londres.

El cambio de siglo, tras la publicación en 1899 de *Cuando el durmiente despierta*, una mesiánica visión socialista de la revolución del proletariado en una megalópolis de 2100, trajo también un cambio repentino en la obra del señor Wells. En 1900 publicó *El amor y Mr. Lewisham*, un rompimiento absoluto con todo lo que había escrito hasta entonces. Al preguntarle el motivo de aquel cambio se limitó a encogerse de hombros.

—No quiero encasillarme —dijo—, ni que la gente piense que me encasillo.

No obstante, volvió por sus fueros al año siguiente con *Los primeros hombres en la Luna*, en la que, tras sustituir al cañón de Verne por la cavorita, una sustancia que repelía la gravedad, hacía una encendida crítica del imperialismo europeo a través del retrato de los habitantes de la Luna, a los que llamó selenitas.

En 1903 se unió a la Sociedad Fabiana y me invitó a unirme también a ella, cosa que hice sin vacilar. La Sociedad Fabiana, me explicó, era una sociedad privada de índole socialista cuya meta era la transformación del mundo hacia el socialismo no mediante la revolución sino la evolución, por algo había tomado su nombre del antiguo emperador romano Quinto Fabio Máximo,

conocido como el Contemporizador. Sin embargo, su período dentro de la Sociedad no fue placentero precisamente, y tampoco demasiado largo. Me dijo que su idea al integrarse en los fabianos había sido ayudar a fomentar públicamente el pacifismo y el antimilitarismo del que me había hablado, cosa que en un principio encajaba perfectamente con el socialismo del que la Sociedad era defensora. Pero el socialismo de la Sociedad empezó a ir pronto por otros derroteros: sus discusiones con los líderes fabianos no tardaron en hacerse constantes, encendidas y a veces incluso violentas, sobre todo con el dramaturgo George Bernard Shaw, cuyas ideas eran radicalmente opuestas a las suyas. Al cabo de un tiempo se dio de baja de la sociedad, y en 1911 escribió una novela, *El nuevo Maquiavelo*, donde ponía crudamente en solfa a los fabianos, sus ideas y sus líderes. Yo por mi parte seguí un tiempo más en ella, aunque sólo nominalmente; de hecho, al poco de la retirada del señor Wells dejé de asistir a todas sus reuniones.

Y así fueron transcurriendo los años que nos iban acercando a la fecha fatídica de 1914. De tanto en tanto me dejaba caer por Richmond, más por puro masoquismo que por otra cosa, porque sabía muy bien que el Viajero no volvería a su casa hasta 1917. En 1904 descubrí con una sorpresa sólo relativa que la casa volvía a estar habitada. Unas discretas averiguaciones entre los vecinos me informaron de que el abogado del Viajero, tras declararse a éste legalmente muerto y ante la ausencia de familiares conocidos que pudieran hacerse cargo de sus bienes, había creado un fondo fiduciario con el conjunto de su patrimonio y había puesto la casa en alquiler con el fin de hacer frente a los impuestos y demás gastos de conservación de la propiedad con el importe de la renta. Los inquilinos eran una pareja relativamente joven, con un hijo pequeño —supuse que, si era la misma que el Viajero había encontrado en 1917, en años sucesivos aumentarían la familia—. Lo primero que habían hecho había sido eliminar el laboratorio anexo a la casa y convertirlo en el cuarto de la doncella. Según la señora Richardson, su vecina más inmediata, eran una pareja muy agradable, propietarios de una tienda de telas en Londres.

Siguiendo con su obsesión de intentar variar en lo posible el desarrollo de la guerra a través de las ideas y las palabras antes que de los hechos y la acción directa, el señor Wells dedicó todos esos años a alternar sus novelas con ensayos más o menos críticos sobre el tema que más le preocupaba; y así, al lado de una serie de novelas que yo llamo «premonitorias», como *La guerra en el aire*, donde incidía en la importancia del reciente invento de los hermanos Wright como arma de guerra, o *En los días del cometa*, en la que un cometa pasa tan cerca de la Tierra que sus gases causan toda una serie de cambios en el comportamiento humano, alternó toda una sucesión de panfletos críticos en los que atacaba el orden social imperante, como *Anticipaciones*, *La humanidad en marcha* o *Una utopía moderna*, junto con otras novelas puramente sociales, como



*Kipps, Ana Verónica, Tono-Bungay, La historia de Mr. Polly*, las cuales me dijo que escribía para «desintoxicarse», pero que pese a todo eran fuertes latigazos contra el inmovilismo de la sociedad victoriana.

Por mi parte, yo no veía una gran utilidad en ninguna de aquellas deslavazadas pinceladas que pretendían crear sin conseguirlo un estado de conciencia en la gente más que afectar directamente el devenir de los hechos mundiales. En una ocasión en que le planteé mi punto de vista, casi se enfureció.

—Las vastas y terroríficas fuerzas materiales puestas a disposición del ser humano pueden ser controladas por la razón y utilizadas para el progreso y la igualdad entre los habitantes del mundo —me dijo, una frase suya que muy pronto se haría célebre.

—Esto es pura utopía —le respondí.

—Pero nada impide que la utopía se haga realidad —murmuró. Aunque me di cuenta de que en el fondo sus palabras carecían de convicción.

## VII

### El atentado

A medida que transcurrían los años y se acercaba la fecha fatídica, mi nerviosismo iba en aumento. En cada nueva noticia creía ver claros indicios que apuntaban hacia la temida guerra por venir. Europa estaba repartida entre seis grandes potencias: Gran Bretaña, Francia, Italia, Alemania, Austria-Hungría y Rusia, todas ellas profundamente nacionalistas, todas ellas imbuidas de un gran orgullo nacional, todas ellas con ansias de expansión, junto a las cuales medraban otras potencias menores que se defendían de sus poderosos vecinos a través de inciertas alianzas. A medida que se acercaba el segundo decenio del nuevo siglo la intranquilidad iba creciendo en Europa, sobre todo en la península balcánica, ocupada por toda una serie de territorios tan pequeños como orgullosos. Un periodista inglés llegó a llamar incluso a la región «el barril de pólvora» de Europa, listo para que alguien prendiera la mecha en cualquier momento.

—Estamos asistiendo ya a los prolegómenos de nuestra guerra —me dijo el señor Wells cuando entramos en la década de los 1910. Su talante era taciturno.

Por eso me sorprendió enormemente cuando, en 1913, publicó un libro, *Pequeñas guerras*, subtulado «Un juego para niños desde los doce años hasta la edad de ciento cincuenta y para ese tipo de niñas más inteligentes a las que les gustan los juegos y libros para niños», en el que enseñaba a los niños a jugar a juegos de guerra con soldaditos de plomo o cualquier otro tipo de juguetes similares disponibles. Cuando le mostré mi sorpresa, se limitó a sonreír.

—Es mucho mejor que los niños jueguen a la guerra cuando aún son pequeños a que la practiquen cuando crezcan —me dijo—. Lea el libro.

Lo hice. Me sorprendió la forma en que el profundo pacifismo del señor Wells impregnaba todas sus páginas, recordando a los niños que la guerra sólo tiene que ser eso, un juego, nunca una realidad. El libro estaba plagado de normas, reglas y estrategias, que convertían el juego de guerra casi en una partida de ajedrez. Me maravilló su clara rotundidad, pero me pregunté si alguien llegaría a comprender el auténtico fin con el que había sido escrito.

Tras una serie de conflictos locales desde 1910 centrados principalmente en los Balcanes, el 8 de octubre de 1912 Montenegro declaró la guerra al Imperio Otomano..., a lo que quedaba de su antiguo esplendor. Por su parte, Grecia se lanzó a la conquista de Tesalónica, Albania, Macedonia... Afortunadamente, tras siete meses de conflicto, el 30 de mayo de 1913 se firmó en Londres el tratado que terminaba con las hostilidades, pero esto no

fue más que un respiro. Apenas un mes más tarde se reanudaban los enfrentamientos a causa de las fricciones entre Serbia y Bulgaria, y el conflicto se generalizó de nuevo. Por suerte también fue de corta duración: el 10 de agosto se firmaba el Tratado de Bucarest, tras la petición por parte de Bulgaria de un armisticio.

Pero esa doble guerra de los Balcanes, si bien trajo el fin del conflicto, no trajo consigo la paz. Serbia se había convertido en una nación fuerte, y con la fuerza siempre llega la ambición. Y el Imperio Austrohúngaro veía con ojos cautelosos y resentidos a su cada vez más fuerte vecina. El plato, humeante, estaba servido.

—Ya la tenemos aquí —me dijo el señor Wells en agosto de 1913; faltaban tan sólo diez meses para Sarajevo.

En mayo de 1914 conseguí que mi periódico —por aquel entonces el *Times*— me enviara a la península balcánica para cubrir lo que yo llamaba el «hervidero balcánico», pese a un cierto escepticismo por parte de mi redactor jefe. Mi idea de viajar al Continente, sin embargo, era muy otra. Comprendía las ideas y los razonamientos del señor Wells, pero en el fondo no comulgaba con ellos. Aún creía que podía haber alguna posibilidad de cambiar radicalmente el futuro.

Una vez en Bosnia y Herzegovina intenté recabar información sobre Gavrilo Princip. No fue fácil. Lo únicos datos que tenía del asesino, procedentes de las notas que había tomado el Viajero en la biblioteca universitaria en 1917, eran su nombre y el hecho de que pertenecía a una organización terrorista conocida como la Mano Negra. Por fortuna, el corresponsal del *Times* en Sarajevo resultó ser una persona muy eficiente. Al poco de mi llegada me entregaba una biografía sucinta pero suficiente del personaje, aunque no pudo aportar ninguna fotografía. Princip había nacido en el pueblo de Obljaj, Bosnia y Herzegovina, en 1894, en el seno de una familia muy pobre, uno de nueve hermanos, cinco de los cuales habían muerto en su infancia, y desde pequeño había sido, a causa de la deficiente nutrición y las malas condiciones de vida, un niño de precaria salud escasamente desarrollado..., y quizá esto fuera lo que había marcado su destino. A los 18 años, un adolescente enfermizo, participó en unas manifestaciones de protesta contra las autoridades en Sarajevo, por cuyo motivo fue expulsado de su escuela. Tras sobrevivir dando tumbos un cierto tiempo, a raíz de la guerra de los Balcanes intentó alistarse en la guerrilla serbia, pero fue rechazado por su escasa estatura y su débil constitución. Lo intentó de nuevo en Prokuplje, donde fue rechazado también. Aceptado finalmente como miembro de la Mano Negra, una organización terrorista conocida también como Unificación o Muerte, una ramificación de la organización Joven Bosnia, se trasladó de nuevo a Sarajevo, donde la Mano Negra planeaba una serie de actos terroristas.

El corresponsal del *Times* en Bosnia y Herzegovina quiso saber el motivo de mi interés por Princip. Le conté una alambricada historia acerca de una información que había recibido sobre la preparación de un atentado en el que Princip parecía tener un papel importante, pero del que no podía darle más detalles. Me miró con ojos suspicaces.

—Habría que avisar a la policía —me dijo.

—Eso es precisamente lo que pienso hacer —le tranquilicé—. Cuando haya reunido todos los datos.

Y evidentemente eso era lo que pensaba hacer. Por unos momentos había pasado por mi cabeza la idea de enfrentarme directamente al asesino, pero, ¿qué iba a hacer con él? ¿Aprovechar su supuesta debilidad física y retenerlo hasta que el archiduque se hubiera marchado de Sarajevo? ¿Dispararle un tiro y matarlo antes de que pudiera completar su acción? Nunca he sido un hombre violento, soy absolutamente incapaz de herir, y mucho menos de matar, a nadie. En eso comulgo con el señor Wells y sus opciones pacifistas.

De modo que lo mejor era dejar que la policía cumpliera con su cometido. Unos días antes de la fecha fatídica redacté una prolija y detallada carta-denuncia anónima y la deposité en la central de la policía en Sarajevo. Suponía que, aunque sólo fuera como medida cautelar, y teniendo en cuenta los antecedentes de Princip, lo detendrían y como mínimo lo retendrían en las dependencias policiales hasta que el archiduque hubiera terminado su estancia en la ciudad. Mi pregunta ahora era: ¿Conseguiría así frustrar el asesinato? ¿O solamente haría variar la mano ejecutora? En cualquiera de los dos casos, demostraría al señor Wells que el futuro no era inviolable.

La víspera del 28 de junio no pude dormir.

El gobernador de Bosnia y Herzegovina, el general Potiorek, había invitado al archiduque Francisco Fernando y a su esposa la condesa Sofía a presenciar en Sarajevo las maniobras de sus tropas. El archiduque sabía que su estancia en la ciudad podía ser peligrosa: tres años antes, la Mano Negra había intentado ya asesinar a su tío el emperador Francisco José. Pero la diplomacia conlleva esos riesgos. A las 10 de la mañana del día 28, domingo, el archiduque y su esposa llegaban a Sarajevo en tren. Se formó una comitiva de siete coches, en la que el archiduque y su esposa ocupaban el segundo, cuya capota había sido echada hacia atrás para que pudieran saludar a la multitud. Yo no sabía a que altura del recorrido se produciría el atentado, por lo que me situé junto a la estación y fui siguiendo la comitiva desde detrás de las hileras de espectadores, con los ojos fijos en el segundo coche.

De pronto las cosas empezaron a ocurrir con mucha rapidez. Cuando la comitiva llegó a la altura de la comisaría central de policía, un hombre se



destacó de la multitud y arrojó algo contra el segundo coche. El conductor vio la acción y aceleró bruscamente el vehículo; el objeto, luego supe que era una granada de mano, rebotó en la carrocería, golpeó el suelo de la calle y estalló bajo las ruedas del tercer coche. Hubo gritos entre los ocupantes del vehículo y entre los espectadores de primera fila alcanzados por la metralla.

Yo tampoco pude evitar una exclamación. ¡Lo había conseguido!, gritó exultante algo dentro de mí. ¡El atentado se había frustrado! Impulsado por la alegría y la excitación, eché a correr siguiendo el coche, que había cambiado su marcha lenta por otra mucho más rápida. Algunos otros espectadores me imitaron.

Entonces, unos momentos más tarde, se produjo un hecho desconcertante. Allá en el centro de la calle el coche donde viajaban el archiduque y su esposa frenó de pronto su marcha. Se detuvo e intentó retroceder, pero lo brusco de la maniobra hizo que se le calara el motor. El chofer intentó ponerlo de nuevo en marcha, y durante unos segundos no lo logró.

Y entonces vi que, en un café cercano, un hombre se levantaba de pronto de una mesa en la acera. No lo conocía, no lo había visto nunca, pero supe de inmediato que era él: Gavrilo Princip. Su baja y flaca figura, su aspecto macilento, eran inconfundibles. Avanzó por entre la gente hacia el coche, y vi que sacaba algo de su bolsillo. Era una pistola. El desconcierto general hizo que nadie le cortara el paso. A una distancia de quizá dos metros del coche empezó a disparar.

Sólo entonces se me ocurrió que, según había dicho el Viajero, el atentado se había producido con una pistola, no con una granada de mano.

Boquéé, notando que me faltaba el aire en los pulmones. Me alejé unos metros de la escena y me apoyé en una pared. Allá delante unos policías estaban reduciendo violentamente al asesino, mientras el coche conseguía ponerse de nuevo en marcha, hacía una breve maniobra hacia atrás y partía a toda velocidad. Completamente aturdido, resbalé hacia abajo y quedé sentado contra la pared, intentando recuperarme sin conseguirlo.

El corresponsal del *Times* en Bosnia y Herzegovina era realmente un periodista de primera línea. No sé cómo lo consiguió, pero de madrugada tenía ya listo para enviar a Londres un artículo digno de un maestro, en el que reconstruía, según las explicaciones de algunos testigos, mi propio relato de los hechos y las primeras averiguaciones de la policía, conseguidas no sé cómo a lo largo de una frenética tarde, todo el suceso hasta el más mínimo detalle. Mi colaboración con él contándole mis impresiones personales de testigo presencial hizo que me permitiera que lo firmáramos ambos.

Al parecer, la Mano Negra había organizado el atentado con toda minuciosidad. Los terroristas, no había tardado en averiguar la policía, habían

sido siete, alineados a lo largo del recorrido de la comitiva, y todos con la orden de matar al archiduque cuando pasara a su altura si tenían la oportunidad y los anteriores habían fracasado. Según se había averiguado, el primero había dejado pasar su oportunidad cuando se dio cuenta de que tenía a un policía inmediatamente detrás de él, que indudablemente habría frustrado cualquier intento por su parte. De modo que fue el segundo terrorista el que lanzó la granada, si bien falló su objetivo.

Lo que ocurrió a continuación fue más difícil de esclarecer. Al parecer, inmediatamente tras lo ocurrido, Francisco Fernando decidió cambiar sus planes, olvidar el desfile y acudir directamente al hospital para recibir a los heridos e interesarse por su estado. En los primeros momentos de confusión, el gobernador, que iba también en el coche, olvidó comunicarle al chófer el cambio de itinerario. Cuando se dio cuenta de ello intentó remediarlo; el chófer detuvo entonces bruscamente el vehículo para echar marcha atrás y tomar el desvío, pero con la brusquedad de la maniobra se le caló el motor.

Aquella fue la oportunidad para Gavrilo Princip que, según leí más tarde que había declarado en la prisión, estaba visceralmente imbuido por la idea de que debía anular el rechazo general hacia su persona haciendo algo excepcionalmente valeroso y heroico que demostrara a todo el resto del mundo que era su igual. Al oír la explosión imaginó que el atentado ya había sido cometido y que él ya no tenía nada que hacer allí. Sumido en su decepción, se sentó en la terraza del café con la intención de pedir un bocadillo. Fue entonces cuando el coche del archiduque llegó a su altura y se paró precisamente allí delante. Las cosas cambiaron bruscamente para él; su reacción fue instantánea, casi automática. Sin pensarlo siquiera, se levantó, tomó la pistola que llevaba en el bolsillo, se abrió camino por entre la gente, se situó delante del coche y empezó a disparar. Disparaba todavía cuando los policías se lanzaron sobre él.

El éxito de su acción no pudo ser más completo. La condesa Sofia, alcanzada en el abdomen, murió al instante. El archiduque Francisco Fernando, con un balazo en el cuello, completamente desconcertado por todo lo ocurrido, ajeno a la realidad, no hizo más que pedirle a su esposa una y otra vez que se despertara antes de caer sin sentido a su lado a los cinco minutos y morir también unos pocos instantes más tarde.

Leímos ambos el artículo antes de enviarlo a Londres, y luego el corresponsal del *Times* me miró inquisitivamente.

—Usted sabía que Princip iba a cometer un atentado. Pero según la policía no estaba solo, sino que los terroristas eran siete, y él era uno de los últimos, casi una mera reserva. ¿Qué era lo que sabía usted? ¿Y cómo obtuvo su información?

Hilvané precipitadamente una historia de espionaje y contraespionaje, de saber que Princip estaba metido en un plan para atentar contra el archiduque,



de haber recibido ciertas informaciones cuyo origen no podía desvelar... Me miró escéptico.

—¿Por qué no fue con todo ello a la policía?

—Lo hice —me defendí—. Les envié una denuncia anónima detallando hasta los últimos pormenores todo lo que sabía.

Ahora su mirada se hizo conmisericordiosa.

—Oh, mierda —murmuró—. Eso fue como mear en medio de un lago.

Me sorprendió su repentino lenguaje vulgar, al que no estaba acostumbrado, fruto indudable de la excitación. Supongo que debió de darse cuenta de ello y se recompuso.

—Disculpe —murmuró—, pero su ingenuidad me asombra. ¿Pensó realmente que alguien en la policía iba a hacer caso de una denuncia anónima? En los tiempos que corren las reciben a docenas cada día. ¿Cree que les dedican siquiera un poco de atención? Necesitarían más del doble de los efectivos de que disponen tan sólo para investigarlas. Lo máximo que hacen en todo caso es leerlas, muchas veces tan sólo por encima, en algunas ocasiones apenas el encabezado. La policía, ¿sabe?, tiene mucha práctica en adivinar desde las primeras palabras cuáles son creíbles y cuáles están escritas por locos, exaltados o ilusos.

Pensé en la denuncia que había redactado, en su tono, en todos los detalles concretos que incluía en ella. El simple hecho de identificar a Gavrilo Princip como el autor material del previsto atentado contra el archiduque y su esposa, ¿no era suficiente como para iniciar una investigación sobre su persona? Seguro que la policía lo tenía fichado. Lo más probable era que así hubiera obtenido el corresponsal del *Times* toda la información sobre él que me había transmitido.

—Hay gente —me dijo— que incluso acusa de terrorista a su vecino sólo porque no le deja dormir por las noches. Si la policía encerrara por precaución a todos los denunciados, no habría cárceles suficientes en todo el país.

—Pero tras lo ocurrido se ha demostrado que mi denuncia era cierta —argumenté, un poco a la defensiva.

Sonrió.

—¿Y de qué cree que va a servir eso ahora? ¿Qué cree que va a ocurrir? Nada. No va a ocurrir absolutamente nada. Si el policía que leyó su denuncia, si es que llegó a leerla alguien, aún la recuerda, lo primero que habrá hecho esta mañana habrá sido destruirla para no crearse complicaciones. Sea como sea, a todos los efectos, su denuncia no ha existido nunca. —Era un perro viejo en su oficio.

No quise hacer más averiguaciones. Al segundo día tras la muerte del archiduque partí de vuelta a Londres, sintiéndome más deprimido que nunca. No deseaba seguir más tiempo en los Balcanes: sabía que, exactamente un mes después del atentado, Austria-Hungría declarararía la guerra a Serbia e iniciaría la escalada al horror.